CAPÍTULO SEXTO

IDEOLOGÍAS RADICALES Y NO DEMOCRÁTICAS COMO POTENCIADORES DE RIESGO PARA LA SEGURIDAD NACIONAL

Rogelio Alonso Pascual

RESUMEN

El presente capítulo analiza uno de los potenciadores de riesgo que la Estrategia Española de Seguridad presentada en 2011 contempla, esto es, las ideologías radicales y no democráticas. Con ese fin, tras aportar una conceptualización de las ideologías radicales y no democráticas, se examina la función que las ideologías en general poseen en nuestra sociedad. Posteriormente son objeto de estudio aquellas ideologías radicales y no democráticas que se entiende representan un mayor riesgo para la seguridad de nuestro país debido a su potencial transformador y propagador de una amenaza como es el terrorismo. Las características socioeconómicas, políticas, culturales y geoestratégicas de nuestro país permiten identificar a las versiones más radicales y extremistas del islamismo y del nacionalismo como las ideologías más susceptibles de devenir en potenciadores de riesgo, motivando, por ello, una especial atención como la que este capítulo les presta.

Palabras clave

Ideologías radicales, ideologías no democráticas, potenciadores de riesgo, extremismo, seguridad nacional, radicalización, violencia, terrorismo.

Rogelio Alonso Pascual

ABSTRACT

This chapter analyzes one of the risk multipliers envisaged by the Spanish Security Strategy published in 2011, that is, radical and undemocratic ideologies. To that end, after providing a conceptualization of radical and undemocratic ideologies, the role that ideologies generally play in our society is examined. Subsequently, those radical and undemocratic ideologies which represent a higher risk for our country's security are analyzed, these being understood as those ideologies with the potential to transform and enhance a threat such as terrorism. As a result of Spain's socio-economic, political, cultural and geostrategic features, the most radical and extremist versions of Islamism and Nationalism can be identified as two of the ideologies which are more likely to become risk multipliers. Consequently, special attention will be paid to both ideologies throughout this chapter.

Key words

Radical ideologies, undemocratic ideologies, risk multipliers, extremism, national security, radicalization, violence, terrorism.

■ INTRODUCCIÓN

La Estrategia Española de Seguridad presentada en 2011 considera las ideologías radicales y no democráticas como potenciadores de riesgos. En una sucinta referencia a las mismas, la Estrategia señala que «existe el riesgo de que ideologías extremistas se impongan en sociedades frustradas por la inutilidad de sus estados, de sus élites y de la comunidad internacional para dar respuesta a sus necesidades básicas»⁽¹⁾. Añade seguidamente que dichas ideologías extremistas «pueden dar lugar a conflictos sociales internos y a la proliferación de actuaciones y grupos violentos» e incluso «podrían expandirse en nuestra sociedad»⁽²⁾. Concluye la Estrategia que «la complejidad de la sociedad global acentúa aún más la radicalización de lealtades y las reacciones identitarias de carácter religioso, nacionalista, étnico o cultural, dentro y fuera de nuestras fronteras»⁽³⁾.

Las genéricas alusiones que la Estrategia recoge en relación con esta cuestión omiten una mayor concreción respecto a la conceptualización y delimitación de esas ideologías radicales y no democráticas que el documento considera pueden afectar a la seguridad de nuestro país. No obstante, en su capítulo cuarto la Estrategia aborda el análisis de las amenazas y de los riesgos a los que nuestra sociedad se enfrenta, enumerando los siguientes: conflictos armados, terrorismo, crimen organizado, inseguridad económica y financiera, vulnerabilidad energética, proliferación de armas de destrucción masiva, ciberamenazas, flujos migratorios no controlados, emergencias y catástrofes. Previamente, en su capítulo tercero la Estrategia alude a los potenciadores de riesgo como factores que estimulan la propagación y transformación de riesgos y amenazas.

Por ello, tras la definición de las ideologías radicales y no democráticas como potenciadores de riesgo, parece razonable vincular su potencial de transformación y propagación fundamentalmente con una de las amenazas, esto es, el terrorismo. Si bien es cierto que las ideologías radicales y no democráticas pueden afectar a otros riesgos y a diversas amenazas, la interrelación entre estas y el terrorismo es evidente, justificando un enfoque como el que aquí se propone habida cuenta de la necesidad sintética a la que el presente capítulo obliga. En este sentido, la Estrategia Española de Seguridad, al exponer sucintamente las líneas estratégicas contra la amenaza terrorista, incide en la necesidad de «prevenir, actuando sobre los diversos factores que incrementan la amenaza e involucrando a toda la población, sobre todo, a los colectivos expuestos a la penetración del ideario terrorista»⁽⁴⁾. Se aprecia en consecuencia una cierta relación causal entre los referidos potenciadores y la amenaza del terrorismo.

⁽¹⁾ *Estrategia Española de Seguridad. Una responsabilidad de todos*, Gobierno de España, p. 33.

⁽²⁾ *Ibid.*

⁽³⁾ *Ibid.*

⁽⁴⁾ *Ibid.*, p. 48.

Por tanto, a la hora de abordar el análisis de los potenciadores de riesgo ya señalados resulta pertinente, en primer lugar, aclarar qué se entiende por ideologías radicales y no democráticas. Seguidamente se abordará el análisis de la función que las ideologías cumplen en nuestra sociedad y cómo aquellas que pueden definirse como radicales y no democráticas afectan a los procesos de radicalización de los individuos mediante la socialización de estos en una serie de valores y creencias extremistas. Una vez se haya llevado a cabo una aproximación conceptual con el fin de clarificar el objeto de estudio, así como el análisis funcional que aquí se avanza, será preciso examinar con algo más de detalle aquellas ideologías radicales y no democráticas que se entiende representan un mayor riesgo para la seguridad de la sociedad española habida cuenta de su potencial transformador y propagador de una amenaza como el terrorismo.

Si bien es cierto que son numerosas las ideologías que potencialmente pueden constituirse en riesgo para nuestro país, tal y como anticipa la Estrategia Española de Seguridad, este capítulo se centrará en varias de ellas al considerarse estas como las más destacadas debido a las características socio-económicas, políticas y culturales, a la vez que geoestratégicas, que distinguen nuestro entorno. Se trata de las versiones radicales y extremistas de dos ideologías como el islamismo y el nacionalismo, ambas de amplia tradición e implantación cuya expansión todavía continúa. Debe hacerse notar que la Estrategia Española de Seguridad, en el apartado destinado al terrorismo, hace alusión a dos amenazas fundamentales como las que representan «el terrorismo de ETA» y «las organizaciones terroristas internacionales, sobre todo los movimientos yihadistas tipo Al Qaeda»⁽⁵⁾. Por tanto, el planteamiento que en este capítulo se adopta descansa sobre el propio marco de análisis sugerido por la Estrategia Española de Seguridad que remite a potenciadores de riesgo en la forma del extremismo político y del fundamentalismo religioso. Viene motivado además por la necesidad de elaborar un análisis más preciso del impacto que sobre las principales amenazas y riesgos que se derivan del terrorismo pueden tener potenciadores como los reseñados.

La especial atención a las ideologías señaladas no supone la desconsideración de otros fundamentalismos religiosos, por ejemplo, judíos o cristianos. En realidad, «todas las tradiciones religiosas pueden generar personas que pongan la defensa de objetivos de inspiración religiosa por encima de las normas sociales».⁽⁶⁾ Tampoco equivale el enfoque adoptado a minimizar los problemas que pueden derivarse de la reproducción de ideologías radicales de extrema izquierda y derecha, como las que han surgido en algunos rincones de Europa, caracterizadas por su xenofobia y promulgación del odio hacia el contrario. En realidad, las expresiones más extremistas de estas últimas bien podrían entenderse también como derivaciones fundamentalistas y radicales de un nacio-

⁽⁵⁾ *Ibid.*, p. 45.

⁽⁶⁾ Steve BRUCE (2003). *Fundamentalismo*. Madrid: Alianza Editorial, p. 16.

nalismo exacerbado que bordea e incluso supera en algunos casos los límites democráticos. Así ocurre en el caso de lo que se ha venido en denominar como «ideología de la contra yihad», esto es, el ideario radical y violento de oposición al islamismo propugnado por algunos extremistas en Europa que ensalzan un particular tipo de nacionalismo⁽⁷⁾. Este tipo de ideologías, junto con las que promueven el integrismo religioso, comparten elementos característicos al ofrecer la posibilidad de construir y reforzar identidades individuales con el complemento identitario y totalizante de una comunidad ideológica más amplia. Todas ellas favorecen actitudes que pueden llevar a ciertos individuos a adoptar métodos violentos, con el objeto de imponer su visión de la sociedad si se produjera la confluencia de una serie de condiciones políticas, sociales, económicas y culturales.

Por todo ello, episodios de violencia como el ocurrido en julio de 2011 en Noruega, donde un activista de extrema derecha asesinó a 77 personas, u otros actos inspirados en idearios similares, revelan la magnitud del problema que las ideologías radicales pueden llegar a plantear en sociedades democráticas en las que se aceptan determinadas manifestaciones de extremismo político. La presencia en nuestra sociedad de grupos que comparten ideologías radicales como las que inspiraron dicho crimen, obligan a evaluar la posibilidad de que exista un germen para una violencia alimentada por idearios no democráticos que precisan de estrategias de prevención, cuestión esta que también será objeto de análisis en las páginas siguientes. Finalmente, con el objeto de aportar elementos de reflexión que permitan desarrollar iniciativas preventivas, el presente capítulo abordará asimismo las directrices que pueden guiar la respuesta con la que contener y neutralizar el efecto de los potenciadores de riesgo aquí referidos.

■ IDEOLOGÍAS RADICALES Y NO DEMOCRÁTICAS: UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

Con objeto de analizar los riesgos que se derivan de la reproducción y expansión de idearios radicales y no democráticos, resulta necesario, en primer lugar, examinar los rasgos genéricos de toda ideología para abordar posteriormente su especificidad en aquellas formas caracterizadas por su radicalidad y déficit democrático. Esta caracterización es necesaria habida cuenta de la diversidad de definiciones con las que se ha intentado conceptualizar el término. El carácter elusivo del mismo deriva precisamente de la dificultad de consensuar de manera genérica una definición que no prescinda de variables relevantes para su comprensión. Como ha destacado el politólogo Andrew Heywood en su célebre estudio sobre ideologías políticas, cuando se intenta definir el término suele estimularse un debate en el que se plantean más preguntas de las que

(7) Carlos FRESNEDA. «El nuevo racismo se llama islamofobia», *El Mundo*, 18 de abril de 2012.

realmente se responden⁽⁸⁾. Sin embargo, los esfuerzos por conceptualizar lo que entendemos como ideologías resultan necesarios para avanzar en la comprensión de las mismas, al desbrozarse en ese mismo ejercicio los rasgos que nos permiten identificarlas.

En este sentido, un examen de las diversas definiciones adoptadas por distintos autores revela clarificadores denominadores comunes a pesar de las distinciones que, lógicamente, se aprecian⁽⁹⁾. De ese modo podemos concluir que las ideologías constituyen conjuntos de creencias y visiones que inducen a asumir actitudes concretas al aportar una imagen determinada de la sociedad y modelos de comportamiento acordes con la misma. Como ha sintetizado Josep M. Vallés, «todos los actores requieren un esquema de interpretación del mundo que les rodea cuando desean intervenir en el mismo con algún proyecto: en otras palabras, cada actor necesita su ideología»⁽¹⁰⁾. Otros autores llegan a definir las ideologías como algo «más que un conjunto de ideas o teorías», o «más que un compromiso moral o una cosmovisión», siendo más bien «una estrategia coherente en la arena social mediante la cual uno puede sacar específicas conclusiones políticas»⁽¹¹⁾.

Las ideologías proporcionan marcos en los que encuadrar diagnósticos y prognosis sobre los problemas a los que se enfrentan los ciudadanos y las sociedades⁽¹²⁾. Por tanto, las ideologías cumplen una relevante función, como la de aportar marcos con los que interpretar cómo funciona la sociedad, cómo debería organizarse y cómo deben los individuos interrelacionarse en ella. Esa pretensión precisa de un programa de acción con el que se pretende que los ideales que conforman la ideología lleguen a traducirse en realidad. Diferentes sistemas de ideas han intentado a lo largo de los siglos organizar las estructuras políticas y sociales de nuestras sociedades desde postulados diversos como los que han desarrollado el liberalismo, el conservadurismo, el socialismo, el comunismo, el nacionalismo, el fascismo, el anarquismo, el ecologismo, el feminismo, el fundamentalismo religioso o la democracia.

Todas estas ideologías persiguen influenciar la vida política aportando los comentarios sobre los que asumir y desarrollar principios y valores con los que los

⁽⁸⁾ Andrew HEYWOOD (2003). *Political ideologies. An introduction*. Nueva York: Palgrave Macmillan, p. 12.

⁽⁹⁾ Véase, por ejemplo, Stephen TANSEY (2004) *Politics. The basics*. London: Routledge, pp. 67-101; Josep M. VALLÉS (2004), *Ciencia Política. Una introducción*. Barcelona: Ariel, pp. 270-278, 305; Edurne URIARTE (2010). *Introducción a la Ciencia Política*. Madrid: Tecnos, pp. 192-200.

⁽¹⁰⁾ VALLÉS, *op. cit.*, p. 271.

⁽¹¹⁾ WALLERSTEIN, citado en Rafael CALDUCH, «Conflictos internacionales culturales y violencia terrorista», en *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria Gasteiz*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, p. 28, 2007.

⁽¹²⁾ J. WILSON (1973). *Introduction to Social Movements*. Nueva York: Basic Books; Robert WESLEY. «Combating Terrorism through a Counter Framing Strategy.» *CTC Sentinel* 1(2), enero 2008, pp. 10-12.

individuos hacen frente a su día a día. Las ideologías ofrecen programas de parte que se consideran coherentes desde una perspectiva, pero que, no obstante, también pueden entenderse como contrarios a los intereses de otro grupo. Resulta por ello complejo discernir la pertinencia de todos y cada uno de los contenidos propugnados por las ideologías, pues la idoneidad de estas supone, a menudo, competencia con otros idearios⁽¹³⁾. No obstante esa competencia, la validez de las ideologías vendrá determinada por su mayor o menor carácter democrático y por la adecuación entre objetivos y medios dentro de unos parámetros que en el caso español fija fundamentalmente la Constitución.

Si, desde el punto de vista de la ética aristotélica, el extremismo puede considerarse como la antítesis de la moderación y del equilibrio entre razón y virtud, un texto referencia como el señalado aporta también un *status quo* que discernir aquellos idearios que lo exceden. Esta referencia permite identificar el extremismo con un rechazo a las reglas del juego y al conjunto de normas que rigen el funcionamiento de una comunidad política. La radicalidad de determinados idearios vendrá determinada por la actitud que los individuos mantienen hacia el sistema político vigente, el tipo de procedimientos de acción política que propugnan para alcanzar sus fines y la naturaleza de las reivindicaciones que componen su programa ideológico.

En este sentido, la Constitución recoge en su articulado indicadores importantes que permiten discernir la categoría democrática de las ideologías. Así, en su artículo 1.1, la Constitución señala que «España se constituye en un estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político»⁽¹⁴⁾. Asimismo, en su artículo 14, señala que «los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social»⁽¹⁵⁾. Seguidamente, en su artículo 15, añade que «Todos tienen derecho a la vida y a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes»⁽¹⁶⁾. Además, en su artículo 16, afirma que «Se garantiza la libertad ideológica, religiosa y de culto de los individuos y las comunidades sin más limitación, en sus manifestaciones, que la necesaria para el mantenimiento del orden público protegido por la ley»⁽¹⁷⁾.

Por tanto, el principio democrático asume la democracia como una ideología que consagra la libertad, la justicia, la igualdad, el pluralismo político y el reconocimiento de los derechos a todos los ciudadanos, cualesquiera que sea su

⁽¹³⁾ Robert ECCLESHALL, Vincent GEOGHEGAN, Richard Jay y Rick WILFORD (1992). *Political ideologies. An introduction*, p. 27.

⁽¹⁴⁾ *Constitución española* (1989). Madrid: Editorial Civitas, p. 13.

⁽¹⁵⁾ *Constitución española* (1989). Madrid: Editorial Civitas, p. 16.

⁽¹⁶⁾ *Constitución española* (1989). Madrid: Editorial Civitas, p. 16.

⁽¹⁷⁾ *Constitución española* (1989). Madrid: Editorial Civitas, p. 16.

riqueza, sexo, ideología, religión o creencias, esto es, sin discriminación. Bajo semejante reconocimiento subyace la aceptación de unos mínimos democráticos que implican el respeto a derechos humanos básicos, revelando una serie de criterios que determinan cuándo se transgreden los límites democráticos. Como ha escrito Truyol Serra, «decir que hay ‘derechos humanos’ o ‘derechos del hombre’ en el contexto histórico-espiritual que es el nuestro equivale a afirmar que existen derechos fundamentales que el hombre posee por el hecho de ser hombre, por su propia naturaleza y dignidad; derechos que le son inherentes, y que, lejos de nacer de una concesión de la sociedad política, han de ser por esta consagrados y garantizados»⁽¹⁸⁾.

En aquellos casos en los que las ideologías pueden considerarse como democráticas, se observa que la influencia que se persigue lograr mediante ellas tiene, en última instancia, el objetivo de aportar un orden y una estabilidad. Sin embargo, este equilibrio perseguido se ve en ocasiones alterado cuando determinadas ideologías manifiestan una radicalización o, sencillamente, se construyen sobre idearios radicales. En esas circunstancias algunas de estas ideologías radicales excederán los límites que permiten englobarlas dentro de un ámbito democrático debiendo ser consideradas entonces como ideologías no democráticas. La radicalidad de determinadas ideologías no las ubica necesariamente en una dimensión no democrática⁽¹⁹⁾, si bien es cierto que ciertos idearios radicales transitan hacia esa esfera al ignorar los contrapesos propios de la democracia.

De hecho, las ideologías no han de considerarse en sí mismas como negativas, como ha explicado el politólogo Rafael del Águila: «A muchos les parece que si creemos profundamente en algo maravilloso, si lo convertimos en proyecto de acción práctica, si lo llevamos al mundo de la política y tratamos de realizarlo en ella, todo irá bien. Hay en los grandes ideales promesas de sentido para nuestras vidas, de armonía para nuestro mundo, de paz y de justicia para todos. (...) los ideales son buenos también porque nos someten, nos impiden que cometamos abusos o, al menos, lo hacen más difícil»⁽²⁰⁾. Sin embargo, cuando las ideologías se sostienen sobre ideales absolutos que trascienden ciertos límites morales, los ideales se convierten en peligrosos e incluso en antidemocráticos: «Y lo que hacen por nosotros, en ocasiones, nos cuesta muy caro. El importe que hemos pagado por su supremacía durante, digamos, los

⁽¹⁸⁾ Antonio TRUYOL SERRA (1982). *Los derechos humanos. Declaraciones y convenios internacionales*. Madrid: Tecnos, p. 11.

⁽¹⁹⁾ Debe recordarse que la «democracia radical» es también una legítima aspiración de algunos autores que identifican ese modelo con una mayor profundización de la democracia. Fernando Vallespín considera a Jean-Jacques Rousseau como el adalid de ese modelo de «democracia radical» al propugnar una democracia directa y plenamente participativa para los ciudadanos. Fernando Vallespín, «El discurso de la democracia radical», en Rafael del ÁGUILA y Fernando VALLESPÍN (2001). *La democracia en sus textos*. Madrid: Alianza, p. 157.

⁽²⁰⁾ Rafael del ÁGUILA (2008). *Crítica de las ideologías. El peligro de los ideales*. Madrid: Taurus, p. 13.

últimos cien años es estremecedor. La historia lo corrobora: violencia, asesinatos en masa, guerras totales, limpiezas étnicas, exterminios masivos, campos de concentración...»⁽²¹⁾.

Como se deduce de sus palabras, las ideologías radicales resultan especialmente útiles para aquellos individuos que precisan justificar transgresiones morales, sociales y políticas. Estas conductas requieren marcos justificativos, de ahí que tengan en su origen elementos ideológicos rígidos mantenidos de modo dogmático, o sea, sistemas de creencias que marginan a otras ideologías democráticas y que, no obstante, facilitan la movilización y manipulación de las masas⁽²²⁾. De hecho, como ha subrayado Sartori, «nos ocupamos y preocupamos por las ideologías, sobre todo, porque nos preocupa el poder del hombre sobre el hombre, y cómo puede suceder que naciones y poblaciones enteras sean movilizadas en clave mesiánica con altos niveles de fanatismo»⁽²³⁾.

El fanatismo identitario es, precisamente, un rasgo común a dos de las ideologías que en este capítulo se examinarán, esto es, el islamismo y el nacionalismo. Ambas desarrollan una sobredimensionada percepción del sujeto central de la identidad en torno a la que se conforma cada una de estas ideologías, minimizando, en consecuencia, la relevancia del diferente esto, del otro. Esa sobrevaloración del «punto de vista de ‘los nuestros’», convenientemente construida en torno a determinadas ideologías, induce a relativizar e incluso ignorar posiciones ajenas y, en algunos casos, hasta los sufrimientos e injusticias de los que «los otros» han sido víctimas⁽²⁴⁾.

La derivación más extrema de esa lógica conduce a la utilización de ciertos ideales como justificación de conductas radicales, e incluso violentas, que en ausencia de una ideología carecerían de sentido para aquellos individuos que las abrazan y propugnan. Las reflexiones de Amin Maalouf ilustran esta dimensión: «Es fácil imaginar de qué manera puede empujar a los seres humanos a las conductas más extremadas; cuando sienten que ‘los otros’ constituyen una amenaza para su etnia, su religión o su nación, todo lo que pueden hacer para alejar esa amenaza les parece perfectamente lícito, incluso cuando llegan a la matanza están convencidos de que se trata de una medida necesaria para preservar la vida de los suyos. Y como todos los que los rodean comparten ese convencimiento, los autores de la matanza suelen tener buena conciencia, y se extrañan de que los llamen criminales»⁽²⁵⁾.

Por tanto, como se deduce de lo anteriormente expuesto, las ideologías radicales y no democráticas se distinguen por propugnar un esquema de relaciones

⁽²¹⁾ *Ibid.*

⁽²²⁾ Giovanni SARTORI (1999). *Elementos de teoría política*. Madrid: Alianza editorial, pp. 133-137.

⁽²³⁾ *Ibid.*, p. 137.

⁽²⁴⁾ Amin MAALOUF (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza editorial, pp. 43-44.

⁽²⁵⁾ Amin MAALOUF (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza editorial, pp. 44-45.

entre individuos basado en la desigualdad, la supremacía de una parte de la comunidad y en la ausencia de respeto hacia los derechos de «los otros», esto es, aquellos ciudadanos con los que no se comparten los mismos sistemas de creencias. Esas carencias se reflejan, en ocasiones, en el intento de minusvalorar y anular los derechos de las minorías, si bien los idearios radicales y no democráticos también pueden estar orientados a desafiar una ideología mayoritaria cuya legitimidad es aceptada por la mayoría de la sociedad. En realidad, tanto el nacionalismo como el islamismo radical y no democrático apelan a esa supeditación de la mayoría a la minoría como motor de sus acciones.

Tampoco conviene ignorar que suele ser únicamente una minoría la que se adhiere de forma integral a los postulados de una determinada ideología. Los intentos expansionistas de cualquier ideología chocan con una realidad que revela cómo «solo los acérrimos militantes se adhieren a ella de manera total y sin reservas, frente a una mayoría que participa de ellas de manera parcial y fragmentaria»⁽²⁶⁾. Esa relación entre «la tribu y la masa»⁽²⁷⁾ evidencia la existencia de identidades heterogéneas, así como de polos de atracción que alienan la evolución de las mismas en función de su exposición a ideologías varias. Estas constataciones permiten analizar el papel de las ideologías radicales y no democráticas como potenciadores de riesgo desde el realismo, asumiendo que su seguimiento tiende a ser limitado. No obstante esta afortunada situación tampoco podemos ignorar que su impacto puede llegar a ser cualitativamente superior y, en consecuencia, significativo para sociedades democráticas como la española, en el caso de prosperar sin la contención que precisan.

■ PROCESOS DE RADICALIZACIÓN MEDIANTE IDEARIOS NO DEMOCRÁTICOS

Con el objeto de evaluar el efecto que las ideologías radicales y no democráticas pueden tener en la transformación y propagación de una de las amenazas y riesgos sobre la seguridad, cual es el caso del terrorismo, parece necesario definir lo que entendemos por proceso de radicalización. Asimismo, a efectos analíticos conviene diferenciar la radicalización cognitiva de la violenta, si bien ambas aparecen como estrechamente ligadas⁽²⁸⁾. Por lo general, la atención que ha recibido la radicalización violenta ha sido mayor al interpretarse que sus manifestaciones y consecuencias excedían en gravedad respecto de las derivadas de la radicalización cognitiva. Se ignoraba de ese modo que la radicalización cognitiva precede a la violenta, aunque no siempre concluya la primera de ellas en la segunda. Tal y como han analizado destacados estudiosos, los individuos interesados en reproducir idearios radicales se afanan en

⁽²⁶⁾ VALLÉS. *Op. cit.*, p. 278.

⁽²⁷⁾ Michel MAFFESOLI (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.

⁽²⁸⁾ L. VIDINO. «Countering radicalization in America: Lessons from Europe», *USIP Special Report 262*, noviembre 2010.

acometer lo que puede definirse como «estructuración cognitiva» con objeto de sustentar las transgresiones a las que la asunción de sus ideologías les conducen. Esta «estructuración cognitiva» resulta vital también para mantener una cohesión grupal que favorecerá la consolidación y reproducción de ideologías radicales y no democráticas que precisan refuerzos como estos⁽²⁹⁾.

En realidad, la consideración de las ideologías radicales y no democráticas como potenciadores de riesgo, tal y como hace la Estrategia Española de Seguridad, parece asumir implícitamente la relevancia que los procesos cognitivos pueden llegar a tener en fenómenos de radicalización violenta que se pueden ver impulsados por idearios de este tipo. Así parece sugerirlo el hecho de que la Estrategia amplíe su foco de atención más allá de las amenazas y de los riesgos hasta ocuparse de otros factores como las ideologías, que en determinadas circunstancias pueden estimular tanto amenazas como riesgos. Es decir, la radicalización cognitiva parece ocupar un estadio previo en un proceso evolutivo como el que puede degenerar en el apoyo, justificación y comisión de actos violentos y, por tanto, no democráticos.

Consecuentemente, conviene examinar la definición, caracterización y naturaleza de los procesos de radicalización con el fin de evaluar cómo pueden influir en ellos las ideologías radicales y no democráticas. Estas dos variables, radicalidad y carácter no democrático, deben tenerse presentes a la hora de definir la radicalización como el fenómeno en virtud del cual determinados individuos se adhieren a opiniones, puntos de vista e ideas que pueden conducirles a apoyar, justificar, legitimar y/o cometer actos de violencia. La violencia se erige en decisivo criterio de distinción a la hora de diferenciar ideologías radicales democráticas de otras que no lo son, pues, como ya se ha indicado, no toda radicalidad se sitúa fuera de la democracia a pesar de que en algunos casos se aproxime a exceder ese límite. A este respecto, resulta ilustrativo el enfoque adoptado por las autoridades canadienses a la hora de delimitar uno y otro tipo de radicalidad, considerando como una amenaza para la seguridad nacional el «pensamiento radical» que induce a los individuos a «propugnar violencia o acción directa como medio de promover el extremismo político, ideológico o religioso»⁽³⁰⁾.

Debe enfatizarse que el pensamiento radical no es necesariamente en sí mismo problemático, sino una manifestación normal en sistemas democráticos que se torna en riesgo para la seguridad de los mismos cuando recurre a postulados

⁽²⁹⁾ BANDURA, Albert (1999). «Moral disengagement in the perpetration of inhumanities», *Personality and Social Psychology Review*, vol. 3, núm. 3, pp. 193-209; DELLA PORTA, Donatella (1995). *Social Movements, Political Violence and the State*. Cambridge: Cambridge University Press; «The logic of terrorism: Terrorist behavior as a product of strategic choice», Martha CRENSHAW en Reich, Walter (ed.) (1998). *Origins of Terrorism. Psychologies, ideologies, states of mind*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 7-24.

⁽³⁰⁾ Royal Canadian Mounted Police, *Radicalization. A guide for the perplexed*. June 2009. National Security Criminal Investigations, p. 1.

que inducen a justificar la violencia y conductas antidemocráticas⁽³¹⁾. De ello se deduce que la emergencia y los intentos de expansión de las ideas radicales y no democráticas no constituyen fenómenos novedosos en nuestras sociedades occidentales. El proceso en función del cual algunos individuos pueden llegar a asumir idearios extremistas hasta el punto de aceptar la justificación y realización de acciones violentas en nombre de una causa también es habitual. Paradójicamente, y a pesar de que los fenómenos de radicalización han sido diversos y prolongados en el tiempo en el marco de sociedades liberales y democráticas como la nuestra, la atención que han merecido puede considerarse escasa. Probablemente no haya sido hasta la irrupción de la amenaza del denominado terrorismo yihadista en la última década cuando las sociedades occidentales y las estrategias antiterroristas han prestado una mayor atención a uno de los aspectos más relevantes de dicho fenómeno, como es el de la expansión de idearios radicales orientados a la destrucción de nuestras sociedades.

Durante décadas, la violencia terrorista ha constituido una amenaza constante para diferentes democracias liberales, entre ellas la española⁽³²⁾. Desde finales de los años sesenta, diversos han sido los grupos terroristas que en sociedades occidentales han utilizado la violencia con la intención de imponer objetivos políticos nacionalistas, además de aspiraciones adscritas a ideologías de extrema izquierda o extrema derecha. Sin embargo, y a pesar de la frecuente insistencia en la necesidad de estudiar las causas de la violencia, y de la constatación de la relación de ciertas ideologías con la etiología de los conflictos violentos, a menudo, tan importantes factores no se han visto reflejados de manera adecuada en las iniciativas de gobierno frente a estos fenómenos.

Tal y como ha indicado la Comisión Europea, las ideologías radicales y no democráticas comparten características comunes, ya sean estas «de carácter nacionalista, anarquista, separatista, de extrema derecha o de extrema izquierda», o derivadas de «una interpretación excesiva del islam»⁽³³⁾. Las prolongadas campañas terroristas que en Europa se han desarrollado desde los años sesenta confirman la existencia de procesos de radicalización estimulados por ideologías radicales y no democráticas que han actuado como catalizadores de distintas manifestaciones de violencia. Estos precedentes hacen pertinente una apropiada evaluación de las experiencias pasadas con el fin de evitar que, en el presente y en el futuro, idearios de ese tipo agraven otros riesgos y amenazas a la seguridad.

⁽³¹⁾ *Radicalisation Processes Leading to Acts of Terrorism. A concise Report prepared by the European Commission's Expert Group on Violent Radicalisation*. Submitted to the European Commission on 15 May 2008.

⁽³²⁾ Rogelio ALONSO (2008), «España en la encrucijada del terrorismo: de ETA a Al Qaeda», en Manuel Jiménez de Parga y Fernando Vallespin (ed.), *La Política*, Volumen II de Salustiano del Campo y José Félix Tezanos (Coordinadores), *España en el siglo XXI*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 781-808.

⁽³³⁾ *Comunicación de la Comisión al Parlamento Europeo y al Consejo sobre la captación de terroristas: afrontar los factores que contribuyen a la radicalización violenta*, Bruselas, 21 de septiembre de 2005, COM (2005) 313 final, Comisión de las Comunidades Europeas, p. 2.

De dicha experiencia emerge una útil lección al considerar que, pese a la preocupación que lógicamente las amenazas y riesgos deben suscitar entre élites políticas y sociedad, la reproducción de idearios radicales y no democráticos no representa un fenómeno mayoritario en democracias liberales europeas como la española. Esta constatación persigue situar en el marco de análisis adecuado una problemática cuyo alcance, sin embargo, no debe subestimarse, sino valorarse de manera proporcionada. Una vez más, debe incidirse en el carácter preventivo de una Estrategia Española de Seguridad de la que se desprende la necesidad de anticipar respuestas frente a potenciadores que en el caso de no ser convenientemente tratados devendrían en transformadores y propagadores de riesgos y amenazas como el terrorismo. Por tanto, esta inspiración preventiva justifica la necesidad de atender procesos de radicalización con el potencial de generar negativas consecuencias y que, aun afectando únicamente a una minoría, pueden tener repercusión sobre numerosos actores sociales. Es por ello por lo que reclaman iniciativas como las que más adelante se expondrán.

Otra útil lección que puede extraerse del análisis retrospectivo de ideologías radicales y no democráticas radica en la consideración del proceso de radicalización en función del cual se asumen dichos idearios como un fenómeno compuesto de diferentes estadios. En efecto, la asunción y reproducción de ideologías radicales y no democráticas implica una evolución personal que lleva al individuo a transitar a través de diferentes etapas como consecuencia de su exposición a diversas influencias como las que se sintetizarán más adelante. La dinámica evolutiva en la que el individuo se implica al aproximarse a la ideología radical puede concluir de distintas maneras, dado que no todos acabarán asumiendo en su totalidad idearios extremistas y violentos. Debe incidirse una vez más en que la identificación con ideologías radicales no conduce obligatoriamente a la participación en actividades violentas. Son las diferentes etapas y grados por los que la radicalización atraviesa los que determinarán el resultado final de la misma y, por tanto, el nivel de adhesión del individuo a la ideología radical y no democrática⁽³⁴⁾.

El grado de adhesión al ideario radical y no democrático vendrá determinado por el mayor o menor nivel de profundización en el proceso de radicalización del individuo en cuestión. En algunos casos evolucionará hasta niveles de radicalidad extremos rebasando los límites democráticos, mientras que en otros podrá estancarse en el compromiso con fines radicales eludiendo, sin embargo, el apoyo a medios violentos que le ubicarían más allá de dichas demarcaciones. Incluso en aquellos casos en los que la radicalización puede desembocar en la adhesión absoluta a los objetivos y a los medios no democráticos también es posible encontrarse con matizadas actitudes. Así, algunos individuos pueden

⁽³⁴⁾ Para un análisis más detallado de esta cuestión véase Rogelio ALONSO (2009). «Procesos de radicalización y reclutamiento en las redes del terrorismo yihadista», en Cuadernos de Estrategia, *La inteligencia, factor clave frente al terrorismo internacional*. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), Ministerio de Defensa, 2009.

comprometerse con determinados fines y medios no democráticos rechazando otros que pueden entender resultan excesivos incluso desde su propia perspectiva radical.

Consecuentemente, la radicalización implica un progresivo avance hacia distintos niveles de empatía con idearios radicales y extremistas. El proceso se inicia con una posición de afinidad ideológica hacia una determinada causa que gradualmente va consolidándose a través de la asimilación de visiones radicales y fundamentalistas que, en última instancia, pueden desembocar en la justificación y legitimación de acciones antidemocráticas y violentas e incluso en la perpetración de las mismas. El tiempo durante el que se prolonga ese proceso, así como la intensidad del mismo en función de los deseos de los actores encargados de su dirección y de la vulnerabilidad del sujeto susceptible de ser radicalizado, condicionará el devenir del individuo inmerso en esa radicalización. Este factor ilustra la importancia que determinadas figuras carismáticas cobran a la hora de expandir idearios radicales y de facilitar la adhesión de otros individuos.

Por tanto, la influencia de ciertas variables y actores determinará la evolución de un proceso que puede llegar a interrumpirse. Debe subrayarse la posibilidad de que el proceso sea neutralizado impidiéndose su materialización más dramática, como la que supone la comprensión de conductas violentas y, en última instancia, la plena implicación en actividades terroristas. Puesto que la radicalización constituye una transición en la que el individuo modifica su conducta, transitando un camino a medida que se ve expuesto a determinados factores, particularmente relevante resultará la detección de indicadores tempranos de ese proceso con el fin de contrarrestarlo e, incluso, revertirlo. Así pues, la exitosa desactivación del proceso de radicalización puede prevenir la degeneración de ese proceso impidiendo que el radical llegue a aceptar los postulados más extremos del ideario extremista y no democrático. La anticipación es pues el objetivo que una eficaz estrategia de seguridad debe ambicionar con el objetivo de evitar la degeneración de los idearios radicales en otros no democráticos.

■ FUNCIÓN DE LAS IDEOLOGÍAS EN LA RADICALIZACIÓN

«La identidad colectiva, en cuanto componente de la cultura de un grupo humano, define su ‘nosotros’, le diferencia de sus ‘ellos’, articula sus mecanismos de cohesión social o comunitaria y ordena los materiales grupales que producen sentimientos de pertenencia, lealtad y control social»⁽³⁵⁾. Como se deduce de lo analizado en las páginas precedentes, las ideologías juegan un papel fun-

⁽³⁵⁾ Francisco LLERA (2008). «Las identidades», p. 671, en Manuel Jiménez de Parga y Fernando Vallespín (ed.), *La Política*, Volumen II de Salustiano del Campo y José Félix Tezanos (Coordinadores), *España en el siglo XXI*. Madrid: Biblioteca Nueva, en pp. 671-700.

damental en la construcción y consolidación de las identidades colectivas. Los individuos precisan idearios que definan su relación con la colectividad en los términos de coherencia descritos al comienzo de estas líneas. Ideologías como el nacionalismo, el islamismo o el radicalismo de extrema derecha e izquierda aportan una útil retórica para desarrollar narrativas que en sus versiones más extremas pueden llegar a justificar la subversión del orden democrático. Los contenidos de estas ideologías varían, si bien cumplen funciones muy similares⁽³⁶⁾. Todas ellas, en sus manifestaciones más radicales, ofrecen marcos de interpretación en los que la oposición a los valores democráticos constituye un componente esencial.

En definitiva, a los adeptos a las ideologías radicales «les tiene que ser posible presentarse de manera convincente como guardianes de la ortodoxia»⁽³⁷⁾, algo que logran mediante idearios que conforman marcos para la autojustificación de ciertas conductas que bordean o superan los límites democráticos. Las ideologías actúan como una suerte de elemento aglutinador al ofrecer un denominador común, un vínculo de unión entre individuos con perfiles socioeconómicos, políticos y culturales heterogéneos. Frente a la heterogénea caracterización de los individuos que comparten ideologías, estas se convierten en vínculo homogenizador. Las ideologías se constituyen así en el eje mediante el que es posible ejercer un adoctrinamiento a través del cual algunos individuos llegan a abrazar idearios radicales y no democráticos.

De ese modo, algunas ideologías radicales contribuyen a consolidar ideas y actitudes no democráticas, retroalimentando una subcultura⁽³⁸⁾ que reafirma convicciones absolutistas e incluso comportamientos fanatizados como aquellos que están en la raíz del terrorismo. Estas expresiones ideológicas facilitan «la deformación del pensamiento», en la que con frecuencia incurren los radicales⁽³⁹⁾. El «sesgo egocéntrico»⁽⁴⁰⁾ al que puede inducir el radicalismo que identifica los postulados extremos de uno mismo como los únicamente válidos ali-

⁽³⁶⁾ Sobre las funciones que cumplen las ideologías, véase A. TRETHERWEY, S. R. CORMAN, B. GOODALL, 14 September 2009, *Report 0902*, «Consortium for Strategic Communication». Arizona State University; and The Change Institute, *The beliefs ideologies and narratives. A study carried out by the Change Institute for the European Commission (Directorate General Justice, Freedom and Security)*, Studies into violent radicalization, Lot 2, febrero 2008.

⁽³⁷⁾ Steve BRUCE (2003). *Fundamentalismo*. Madrid: Alianza Editorial, p. 132.

⁽³⁸⁾ Puede entenderse el término «subcultura» como «las diferentes variantes de una misma cultura surgidas como resultado de la distinta prioridad e interpretación que se le atribuye a los valores, la moral y los principios culturales, debido a la prevalencia que los diversos grupos de una sociedad conceden a alguno de los elementos esenciales de esa cultura en función de sus particulares fines, objetivos e intereses colectivos». Rafael CALDUCH, «Conflictos internacionales culturales y violencia terrorista», en *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria Gasteiz*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, p. 28, 2007, pp. 22-80.

⁽³⁹⁾ Aaron T. BECK (2003), *Prisioneros del odio. Las bases de la ira, la hostilidad y la violencia*. Madrid: Paidós, pp. 126-127.

⁽⁴⁰⁾ *Ibid.*

menta la confrontación con el otro. No es extraño, por ello, que las ideologías radicales favorezcan el desarrollo de un pensamiento dicotómico o primario, en tanto en cuanto presenta la realidad en términos absolutos que laminan la reflexión, esto es, reduciendo selectivamente la información a unas pocas categorías, exagerando algunas características mientras se minimiza o prescinde de otros que presentarían la realidad de modo menos distorsionado⁽⁴¹⁾.

Esta dinámica facilita las erróneas atribuciones de culpa y responsabilidad tan comunes a las ideologías radicales y no democráticas. Estas coadyuvan a incurrir en el denominado «error fundamental de atribución» en función del cual los demás, los otros, tienden a ser culpados de los hechos desagradables, simplificando la realidad a la vez que se genera un conflicto con quienes son identificados de ese modo y, por tanto, como fuente de problemas⁽⁴²⁾. Se genera así una lógica ampliamente estudiada en el ámbito de la psicología social cual es el caso de la movilización y la manipulación a través de la reproducción de ideologías radicales: «La masa apenas distingue entre lo subjetivo y lo objetivo. Acepta como reales las imágenes reproducidas en su cabeza, aunque frecuentemente solo guardan una relación muy pequeña con el hecho observado. Quienquiera que pueda ofrecerle ilusiones se convierte en su líder; quienquiera que trate de destruirlas es siempre su víctima»⁽⁴³⁾.

Los contenidos doctrinales de las ideologías radicales y no democráticas aportan refuerzos con los que revalidar los incentivos que atraen a los individuos hacia ellas. Ofrecen, además, en el caso de sus versiones más extremas, una retórica autojustificativa de acciones puramente criminales carentes de un amplio respaldo social entre la sociedad, en general, y en la comunidad de referencia, en particular. Al afectar a los sistemas de valores y creencias de los individuos, las ideologías son susceptibles de manipulación y explotación. El potencial de las ideologías para convertirse en un eficaz instrumento de radicalización hasta extremos no democráticos queda de manifiesto con el ilustrativo testimonio de un destacado responsable de los servicios de inteligencia británicos al describir la ideología como «el arma más eficaz de la que disponen los terroristas»⁽⁴⁴⁾.

Así pues, las ideologías poseen un amplio potencial para devenir en vectores que contribuyan a la reproducción y consolidación de idearios radicales y no democráticos. Requieren, para ello, la confluencia de contextos políticos y sociales conflictivos que sean generadores de agravios, dando lugar a estructuras de oportunidad en las que desarrollar la profundización en el ideario radical mediante la socialización en una subcultura antidemocrática. Por tanto, el componente ideológico representa un factor necesario, pero no suficiente, para que el proceso de radicalización en el ideario no democrático se afiance entre

⁽⁴¹⁾ *Ibid.*, pp. 127-128.

⁽⁴²⁾ *Ibid.*, p. 138.

⁽⁴³⁾ Gustav LE BON citado en Beck (2003). *Op. cit.*, p. 229.

⁽⁴⁴⁾ Omand, David. «Countering International Terrorism: The Use of Strategy», *Survival*, vol. 47, n.º 4, 2005-2006, pp. 107-116.

los radicales. En un escenario de oportunidad y vulnerabilidad, los marcos ideológicos comprensivos o lindantes con el extremismo, como aquellos con los que algunos individuos interpretan sus realidades diarias, se ven reforzados por determinados procesos de socialización.

Debe tenerse presente que la adhesión a ideologías radicales y no democráticas no suele obedecer a una sola causa, sino más bien a la combinación de diversos factores propiciadores y facilitadores. Entre los factores que contribuyen a que ciertos individuos se sientan atraídos hacia ideologías radicales que les ofrecen recompensas o satisfacciones de diverso tipo se encuentran las tradiciones y contextos históricos de radicalismo y violencia; la realidad o percepción de victimización, injusticia, represión y alienación política, social o económica; los sentimientos o experiencias de discriminación por motivos de etnia, raza o religión; la frustración; el odio; la venganza, o la solidaridad con agravios que generan identificación por extensión o asimilación.

Tampoco debe sobredimensionarse la influencia de las ideologías radicales y no democráticas a la hora de motivar adhesiones a las mismas, pues en ocasiones algunos individuos se ven más influenciados por la proximidad estructural, la disponibilidad y la interacción afectiva con otros miembros del grupo con los que comparten ideario⁽⁴⁵⁾. En numerosas ocasiones las redes sociales de parentesco familiar y de amistad han facilitado la atracción y aproximación al entorno del grupo ideológico. La socialización en el odio y la subcultura de la violencia que domina los procesos de adhesión a ideologías radicales y no democráticas se ve así canalizada mediante el establecimiento y el desarrollo de lazos familiares y amistosos, sometiéndose también a la guía de líderes encargados de identificar lugares y entornos en los que practicar el proselitismo ideológico.

No obstante esta matización respecto al posible impacto de las ideologías, debe señalarse que, sin duda, estas refuerzan el proceso que se ha definido como «radicalización transformadora», fortaleciendo «precursores de radicalización» como la alienación, la búsqueda de pertenencia, la auto realización, los sentimientos de venganza, o el rechazo de los códigos políticos, sociales y culturales establecidos⁽⁴⁶⁾. Son todos ellos factores que pueden motivar reevaluaciones de las conductas individuales, pues estos precursores influyen sobre los contextos en los que habitan los individuos haciéndoles susceptibles de compartir nuevas experiencias, perspectivas o creencias.

Hay segmentos de población particularmente vulnerables a la influencia de estos precursores, cual es el caso de aquellas comunidades inmigran-

⁽⁴⁵⁾ SNOW, David A., ZURCHER, Louis A., y EKLAND-OLSON, Sheldon. «Social networks and social movements: a microstructural approach to differential recruitment», en *American Sociological Review*, 1980, vol. 45, octubre, pp. 787-801.

⁽⁴⁶⁾ A. WILNER y C.J. DUBOULOZ. «Transformative radicalization: Applying Learning Theory to Islamist Radicalization», *Studies in Conflict and Terrorism*, p. 423, 34, 2011, pp. 418-438.

tes cuyos miembros se encuentran expuestos a dicotomías identitarias derivadas de dobles y, en ocasiones, conflictivas identidades. Los enfrentados sentimientos de pertenencia y reconocimiento de la identidad individual en relación con la colectividad están en el origen de estas dualidades que a su vez facilitan el caldo de cultivo para la implantación de determinados idearios⁽⁴⁷⁾. Este tipo de contextos pueden facilitar relaciones adversas entre los inmigrantes y las sociedades de acogida o el Estado, induciendo comportamientos anti sociales o una suerte de segregación que se ha venido en denominar «apartismo»⁽⁴⁸⁾.

Los integrantes de esas comunidades, definidas por bagajes y tradiciones diferenciadas, pueden sentirse atraídos hacia una nueva identidad colectiva, recurriendo en ocasiones a ideologías exageradas en sus formas, dogmáticas en sus aseveraciones y beligerantes en sus propuestas⁽⁴⁹⁾. Este proceso de afirmación y adhesión ideológica puede reforzar los vínculos entre los individuos y su comunidad de referencia en la sociedad de acogida. En paralelo a ese reforzamiento se produce el debilitamiento de los nexos entre los individuos todavía no integrados plenamente en la sociedad de acogida y esto hasta hacerles sentir, en ocasiones, como extraños y extranjeros⁽⁵⁰⁾. De todo ello se deduce la necesidad de confrontar aquellas ideologías que coadyuven a reforzar identidades que puedan erigirse en obstáculos para una pacífica y eficiente integración de esas comunidades particularmente vulnerables a idearios radicales y no democráticos con los que interpretar su situación. A continuación se analizarán algunas de ellas.

■ ISLAMISMO RADICAL

A efectos de síntesis que facilite su comprensión, en este capítulo se evitará una intrincada conceptualización del término islamismo radical. Se entenderá por islamismo radical la ideología que otorga preeminencia a una estricta y literal adhesión a la ley islámica o *sharia* de acuerdo con las interpretaciones tradicionales del islam. Este tipo de interpretación estricta y literal de fuentes islamistas clásicas favorece la adhesión a una ideología que lleva a sus seguidores a cuestionar algunos de los códigos políticos, sociales, morales y culturales recogidos en la Constitución española. Como ha señalado Patrick Sookhdeo, la ley *sharia* o ley islámica es el conjunto de normas producidas por teólogos tradicionales que deben regular la vida privada de los musulmanes, así como la gestión de cuestiones relacionadas con la política, la economía, la guerra, la

⁽⁴⁷⁾ *Radicalisation in the diaspora: why Muslims in the West attack their host countries*. Peter WALDMANN, Working Paper 9/2010, 15/03/2010.

⁽⁴⁸⁾ J. GEST. *Apart. Alienated and engaged Muslims in the West*. London: Hurst & Company, 2010.

⁽⁴⁹⁾ A. PLANET. *Islam e inmigración: elementos para una análisis y propuestas de gestión*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Foro de Inmigración, 1 de septiembre de 2008.

⁽⁵⁰⁾ *Ibid.*

justicia, el derecho de familia y otros aspectos de la vida en común⁽⁵¹⁾. Por lo tanto, el regreso a las escrituras originales del islam y la definición del islam como una ideología política, e incluso como un sistema de vida, son factores que permiten definir esta ideología en su versión radical que también tiene entre sus objetivos la alteración del equilibrio de los gobiernos democráticos⁽⁵²⁾.

En la búsqueda de sus aspiraciones políticas el islamismo radical persigue que la soberanía deje de residir en los ciudadanos, reclamándola, por el contrario, para dios. En consecuencia, y como ha señalado Antonio Elorza, «desde el punto de vista de la filosofía política, el islam es la antítesis de la democracia laica occidental». Así ocurre porque «el fundamento filosófico de la democracia occidental es la soberanía del pueblo». En cambio, el islam «rechaza del todo la filosofía de la soberanía popular y erige su política sobre la base de la soberanía de Alá y la vicerregencia del hombre»⁽⁵³⁾. Desde esa perspectiva, Alá es el único y verdadero soberano, sin que nadie más, ni siquiera toda la población del Estado en su conjunto, pueda reclamar la soberanía. Por tanto, «el estado islámico debe, en todos los aspectos, estar asentado sobre la ley dictada por Alá por medio de su profeta»⁽⁵⁴⁾.

El propio Elorza entiende que el integrismo y la violencia inspirada en una determinada interpretación de la ideología islamista son el resultado de un proceso de radicalización apoyado en una determinada lectura del Corán y de los *hadices*. En su opinión, dicha lectura se ha beneficiado de la orientación aportada por pensadores procedentes de los Hermanos Musulmanes, como Sayyid Qutb, y del integrismo indio, como Maulana Maududi. En ese proceso los ideólogos de la organización terrorista Al Qaeda han realizado una eficaz labor de filtro y fusión de los enfoques doctrinales más fundamentalistas con el fin de construir su discurso violento⁽⁵⁵⁾. Se aprecia, por tanto, cómo una determinada corriente ideológica del islam puede alimentar interpretaciones militantes e incluso violentas. Otros autores se han expresado en términos similares, identificando una serie de rasgos que facilitan la comprensión del fundamentalismo vinculado al islam. El primero de ellos es la «falta de una división clara entre los poderes espiritual y político», pues, «a diferencia del cristianismo, el islam alcanzó el poder político en vida de su fundador sin que llegara a reconocerse la división entre Iglesia y Estado»⁽⁵⁶⁾.

⁽⁵¹⁾ Patrick SOOKHDEO. *Faith, power and territory. A handbook of British Islam*. McLean: Isaac publishing, 2008, p. 3.

⁽⁵²⁾ M. AHMAD (ed.). *State politics and Islam*. Indianapolis: American Trust Publications, 1986.

⁽⁵³⁾ Antonio ELORZA (2002). *Umma. El integrismo en el Islam*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 199-200.

⁽⁵⁴⁾ *Ibid.*, p. 199.

⁽⁵⁵⁾ Fernando REINARES y Antonio ELORZA. *El nuevo terrorismo islamista. Del 11-S al 11-M* (2004). Madrid: Temas de Hoy, pp. 148-176. Sobre los principales fundamentos de esta ideología y de sus interpretaciones violentas, véase ELORZA, Antonio (2008). *Los dos mensajes del Islam. Razón y violencia en la tradición islámica*. Madrid: Temas de Hoy; Luis DE LA CORTE y Javier JORDÁN (2007). *La yihad terrorista*. Madrid: Síntesis.

⁽⁵⁶⁾ Steve BRUCE (2003), *Fundamentalismo*. Madrid: Alianza editorial, p. 62.

El islamismo radical que en determinadas circunstancias y contextos occidentales puede llegar a devenir en idearios no democráticos tiene su sustento en una interpretación fundamentalista de una ideología, el islam, que, según algunos observadores, resulta difícilmente «laicizable»⁽⁵⁷⁾. Así lo entiende, por ejemplo, Giovanni Sartori, ya que «mientras en Occidente el derecho es autónomo, en tierra islámica es heterónimo: nace y permanece empapado de religión»⁽⁵⁸⁾. Sartori opone el «componente abierto y occidentalizante» del islam al «fideísta e integrista» de esta ideología, estimando que el primero de ellos se encuentra «en reflujó»⁽⁵⁹⁾. Con estas premisas establece una distinción entre «estados musulmanes y Estados islámicos», considerando que los primeros se caracterizan por una menor y menos rígida adherencia al islam⁽⁶⁰⁾. Esos son los parámetros en los que se sitúa la presión que el fundamentalismo y el radicalismo ejercen sobre sociedades musulmanas en diferentes entornos. Se pone así de relieve el antagonismo que en ocasiones se suscita en ámbitos musulmanes entre idearios democráticos y no democráticos.

Con el objeto de destacar aquellos rasgos que distinguen la vertiente más radical del islamismo, Maajid Nawaz ha identificado cuatro factores característicos. Como sostiene Nawaz, la mayoría de los musulmanes no son islamistas. Ahora bien, aquellos que abrazan el islamismo o la ideología que consideramos como islamismo radical mantienen determinadas creencias que definen a esta ideología. Por un lado, entienden que el islam no es una religión, sino más bien una ideología política divina. Asimismo, consideran a la *sharia* como un código religioso musulmán que debe ser aplicado a nivel estatal como una ley normalizada. Además, abrazan la noción islamista de la *umma*, o comunidad musulmana, que conforma mucho más que una simple identidad religiosa, constituyendo más bien una identidad política. Por último, persiguen la constitución del califato o el objetivo de una entidad ideológica que represente los tres elementos previos en la forma de un bloque expansionista musulmán⁽⁶¹⁾.

Este encuadre ideológico es utilizado con la finalidad de desarrollar una identidad colectiva en la que la violencia puede llegar a erigirse en un componente primordial y unificador tras depurar posibles constricciones ideológicas⁽⁶²⁾. En otras ocasiones, el marco ideológico evita la justificación explícita de la vio-

⁽⁵⁷⁾ Giovanni SARTORI (2003), *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo, extranjeros e islámicos*. Madrid: Taurus, p. 141.

⁽⁵⁸⁾ *Ibid.*, p. 142.

⁽⁵⁹⁾ *Ibid.*

⁽⁶⁰⁾ *Ibid.*

⁽⁶¹⁾ «The roots of violent Islamist extremism and efforts to counter it», *Testimony of Maajid Nawaz, Director of the Quilliam Foundation, London, before the US Senate's Committee on Homeland Security and Governmental Affairs*, 10 de julio de 2008.

⁽⁶²⁾ Sobre la evolución del pensamiento yihadista con el resultado descrito, véase Quintan, WIKTOROWICK. «A genealogy of radical Islam», *Studies in Conflict & Terrorism*, vol. 28, 2005, pp. 75-97; y Quintan, WIKTOROWICK. «Anatomy of the Salafi Movement», *Studies in Conflict & Terrorism*, vol. 29, 2006, pp. 207-240.

lencia, si bien en algunos casos permite favorecer la evolución del individuo desde una radicalización cognitiva a otra violenta. Así ha ocurrido con miembros de asociaciones religiosas islamistas, como la denominada Congregación para la Propagación del Islam (Yama'a at-Tabligh al-Da'wa)⁽⁶³⁾ o El Partido de la Liberación (Hizb ut-Tahrir)⁽⁶⁴⁾, movimientos islamistas que propugnan la reinstauración del califato y se han convertido en ocasiones en «puertas de entrada» hacia la radicalización.

Si bien es cierto que sus líderes articulan en público un distanciamiento formal y explícito de la violencia, la defensa de los principios que propugnan deriva en ocasiones en una lógica fundamentalista que revela ambivalencia frente al terrorismo, lindando con frecuencia en el radicalismo violento⁽⁶⁵⁾. No es por ello extraño que, a pesar del rechazo verbal del terrorismo yihadista que llegan a expresar, estas asociaciones se hayan convertido en algún caso en vehículos facilitadores de la inmersión en idearios radicales que pueden evolucionar hacia una radicalización violenta y a la integración en células terroristas. A este respecto, reveladora resulta la trayectoria de una organización como Al Muhajiroun, dirigida por Omar Bakri, durante años uno de los dirigentes de Hizb ut-Tahrir en el Reino Unido. Bakri ha sido definido como uno de los más destacados radicales y propagandistas de la violencia yihadista, cuya entrada en dicho país fue finalmente prohibida por las autoridades británicas en 2005, después de haber realizado numerosas proclamas incendiarias, entre ellas su descripción de los terroristas responsables del 11-S como «los 19 magníficos». La desaparición de Al Muhajiroun en 2004 dio lugar a otras dos organizaciones que serían prohibidas por su glorificación del terrorismo en cumplimiento de la ley antiterrorista británica de 2006.

Estas organizaciones reflejan a la perfección el potencial que ciertas ideologías radicales y no democráticas poseen para favorecer la introducción a la radicalización violenta. La reproducción de dichos idearios por parte de instituciones religiosas como las referidas confirma la capacidad de estas para convertirse en potenciadores de riesgos. En nuestro propio país se ha evidenciado la vinculación con el movimiento Tabligh de algunos de los activistas integrados en la red de Imad Eddin Barakat Yarkas, alias Abuh Dahdah, encarcelado por su integración en organización terrorista, y ciertos miembros de la célula responsable del 11-M, que vieron en la citada asociación una importante fuente de captación de adeptos. Asimismo, también ha podido constatarse la relación de

⁽⁶³⁾ Sobre las características de este movimiento y su evolución en nuestro país, Athena Intelligence. «Movimientos musulmanes y prevención del yihadismo en España: La Yama'a At-Tabligh Al-Da'wa», *Athena Intelligence Journal*, vol. 2, n.º 1, 2007.

⁽⁶⁴⁾ Sobre las características de este movimiento, Athena Intelligence. «Hizb ut-Tahrir en España», Athena Intelligence, *Athena Intelligence Journal*, vo. 2, n.º 2, 2007.

⁽⁶⁵⁾ Idéntica dinámica a la que se manifiesta en otros fenómenos radicales como, por ejemplo, el del nacionalismo vasco, donde también hay actores nacionalistas que muestran una actitud similar hacia quienes comparten esa ideología, pero, además, en ocasiones, llegan a propugnar la violencia.

algunas de las personas involucradas en los atentados del 7 de julio de 2005, en Londres, con la agrupación dirigida por Omar Bakri⁽⁶⁶⁾.

Como puso de manifiesto en 2007 el juicio celebrado después de que se desarrollara en Reino Unido una operación antiterrorista contra jóvenes que participaron en Al Muhajiroun, el papel de esta organización consistió en proporcionar una determinada subcultura mediante la reproducción de una ideología radical. De ese modo, la citada asociación llegó a convertirse en una suerte de escuela en la que se propugnaban una serie de valores y creencias, estableciéndose además una narrativa histórica compartida entre sus miembros que inducía a la justificación de idearios no democráticos. Mediante la socialización en esta red, que dicha asociación favoreció, los miembros radicalizados encontraban apoyo y recursos en aquellos casos en los que su radicalización progresaba hasta pasar a la acción con la intención de perpetrar atentados terroristas, todo ello gracias a la profundización en la ideología radical y no democrática a través de la que vehicularon dicho proceso⁽⁶⁷⁾.

Por tanto, puede constatar que algunas asociaciones legales en nuestro propio país que se alimentan de importantes influencias ideológicas externas favorecen la creación de entornos facilitadores para la radicalización e incluso para la radicalización violenta. Aunque afortunadamente no siempre alcance la progresión estos niveles máximos, sí puede llegarse a obstaculizar la integración política y social de sus simpatizantes, adoctrinados en idearios sustentados en la incompatibilidad del islam con el actual orden constitucional. A su vez, esta insuficiente o deficiente integración puede servir para incrementar el potencial de conflicto en sociedades democráticas⁽⁶⁸⁾. En estas circunstancias la necesaria intervención contra el islamismo radical es susceptible de provocar conflictos que los radicales desean explotar con el fin de dificultar la aceptación de normas y valores comunes en los que una óptima integración debe sustentarse. Se ha podido constatar que ciertas asociaciones como las referidas, junto a la corriente salafista y Justicia y Caridad, han sido definidas como «puertas de entrada» o «correas de transmisión» para la radicalización violenta, al constituir entornos de socialización susceptibles de ser instrumentalizados por los radicales.

A pesar de la alerta que las consideraciones precedentes sugieren, algunos estudiosos también consideran que estas entidades pueden asumir un papel menos negativo, erigiéndose más bien en competencia de los grupos violentos⁽⁶⁹⁾. De

⁽⁶⁶⁾ FIELDING, Nick. «Terror links of the Tottenham Ayatollah», *The Sunday Times*, 24 de julio de 2005.

⁽⁶⁷⁾ MALIK, Shiv. «The missing links», *The New Statesman*, 7 de mayo de 2007.

⁽⁶⁸⁾ P. NEUMANN y B. ROGERS. *Recruitment and Mobilisation for the Islamist Militant Movement in Europe*, King's College London, diciembre de 2007.

⁽⁶⁹⁾ S. MOSKALENKO y C. McCAULEY, «Measuring political mobilization: the distinction between activism and radicalism», *Terrorism and Political Violence*, vol. 21, núm. 2, 2009, pp. 239-260.

acuerdo con esta interpretación, las asociaciones indicadas podrían transformarse en actores radicales que contienen una profundización en el fenómeno de radicalización atrayendo hacia ellos a potenciales adeptos que de ese modo frenarían su evolución hacia otros estadios. No obstante, la experiencia europea confirma que estas corrientes ideológicas vienen actuando con frecuencia como instrumento de introducción a la radicalización violenta al erigirse en focos de magnetismo que aportan una importante fuente de captación de adeptos. Así lo logran al proporcionar una cultura radical que les facilita convertirse en núcleo de aprendizaje de una ideología receptiva a planteamientos violentos.

Una vez más, los contenidos ideológicos, junto a otras variables de oportunidad, determinarán el tránsito que el individuo acometerá y el papel de catalizador o freno de entornos de socialización como los referidos. No obstante el potencial de estímulo o contención que estas asociaciones poseen, en esos escenarios confluyen factores que los convierten en un terreno fértil en el que desarrollar discursos comprensivos con el extremismo que a su vez puede coadyuvar al radicalismo. A pesar de la alusión a los contenidos ideológicos, también debe subrayarse que algunos estudios han observado que la integración en el grupo radical se ha visto favorecida por los reducidos conocimientos previos del islam que poseía el individuo⁽⁷⁰⁾. Así puede ocurrir porque semejante coyuntura disminuye las defensas ideológicas del potencial activista, obstaculizando una posible argumentación crítica de idearios extremistas en los que el adoctrinamiento tanto incidirá para asegurar el reclutamiento.

Esas antecelas de la ideología yihadista aportan asimismo una red social en la que los miembros radicalizados encuentran apoyo y recursos en aquellos casos en los que su radicalización progresa hasta pasar a la acción con el fin de perpetrar atentados terroristas. En consecuencia, al hacer frente a esta problemática, las autoridades están obligadas a perseguir un delicado equilibrio: deben evitar respuestas desproporcionadas de perjudiciales consecuencias conscientes también de los negativos efectos que acarrea cierta permisividad hacia entidades que preconizan postulados radicales, como la instauración de un estado islámico mundial o la defensa de la violencia en contextos como Israel, Afganistán o Irak. Necesaria resulta además la correcta identificación de adecuados interlocutores en la comunidad musulmana con los que trabajar en dicha prevención, debiendo ser estos actores «no radicales», a diferencia de supuestos «moderados» más bien interesados en la reproducción de una ambigüedad narrativa encaminada a la deslegitimación de valores cívicos no violentos. Los precedentes demuestran cuán contraproducente puede ser la credibilidad que determinados representantes comunitarios adquieren, alimentada por las autoridades tras una errónea definición de objetivos y planteamientos, ya que, bajo una apariencia moderada, encubren un peligroso radicalismo.

⁽⁷⁰⁾ *Hearing before the Senate Homeland Security and Governmental Affairs Committee, Hearing on Roots of Violent Islamist Extremism and Efforts to Counter It*, Michael LEITER, director, National Counterterrorism Center, United States of America, 10 de julio de 2008.

Ilustrativa resulta la decisión adoptada por las autoridades británicas en 2009 al romper la interlocución oficial con el Consejo Musulmán Británico después de que uno de sus dirigentes respaldara la llamada de Hamas a atacar tropas extranjeras que interceptaran el envío de armas a Gaza. La complejidad que la prevención de la radicalización entraña ha llevado a distintos servicios de inteligencia a apostar por el fortalecimiento de determinados interlocutores confiando en que esa relación favorecería la legitimación de agendas gubernamentales ante la comunidad musulmana. Sin embargo, en el medio y largo plazo han contribuido a difuminar la nítida e innegociable oposición frente al terrorismo, que reclama la prevención de la radicalización con objeto de evitar la más mínima legitimación de conductas violentas y desestabilizadoras.

Desde la perspectiva de la seguridad de nuestro país, las influencias externas son fundamentales para la expansión o contención de idearios no radicales y democráticos inspirados en el islam, pues la radicalización ideológica no solo se produce dentro de nuestras fronteras, sino también, y de manera muy especial, en contextos geográficos próximos, fundamentalmente el Norte de África. En este sentido, la cooperación entre Europa y el Magreb emerge como decisiva a la hora de hacer frente a expresiones ideológicas radicales y no democráticas que tiene sus raíces tanto al norte como al sur del Mediterráneo⁽⁷¹⁾.

Es en esos contextos en los que prosperan ideologías como las referidas, que con un evidente afán expansionista exportan más allá de sus fronteras ese tipo de idearios. Ante esta realidad surgen conflictivos puntos de vista que se debaten entre apoyar tendencias democratizadoras en dichos países y desarrollar políticas de seguridad regional que en ocasiones se intentan construir mediante ciertas asociaciones con quienes pueden ser considerados incluso como enemigos de la democracia. Esta última opción suele ser defendida desde un supuesto pragmatismo político que numerosos precedentes sugieren termina provocando contraproducentes resultados.

En relación con esta cuestión debe destacarse que la situación en ciudades españolas como Ceuta y Melilla es de riesgo específico al verse muy afectadas por la evolución de los acontecimientos en el vecino Marruecos, donde el islamismo radical viene prosperando en los últimos años. Su proximidad geográfica, complementada con un elevado porcentaje de población musulmana y una notable presencia de asociaciones islámicas y de mezquitas, acrecienta el riesgo de que las corrientes más radicales penetren y se consoliden en nuestro propio territorio.

Así ocurre ante un proceso de islamización en Marruecos que se evidencia en un conflicto constante entre las diferentes interpretaciones del islam profesadas en un reino en el que el monarca es además la principal figura religiosa

⁽⁷¹⁾ Véase, por ejemplo, «Una amenaza compartida: la yihad global en Europa y el Magreb», Juan AVILÉS, *ARI*, n° 15/2005, Real Instituto Elcano, 01/02/2005.

del país. El propio Mohammed VI ha sido quien ha neutralizado en 2012 los intentos de islamización de la televisión pública, poniendo de manifiesto las tensiones entre el palacio real y el gobierno islamista. Las elecciones legislativas de noviembre de 2011 permitieron al islamista Partido de la Justicia y del Desarrollo (PJD) formar un gobierno de coalición con otras tres formaciones en el que el líder del PJD ocupa el cargo de primer ministro.

La propuesta de otro de los ministros islamistas planteaba una reforma de la televisión pública, la única existente en el país, en función de la cual los dos principales canales deberían retransmitir los cinco llamamientos diarios a la oración, se reduciría la programación en francés y se aumentarían los programas de contenido religioso, a la vez que se prohibiría la publicidad de las loterías, ya que el islam reprueba los juegos de azar⁽⁷²⁾. La pretendida «islamización» de tan importante medio de comunicación fue finalmente abortada, aunque pone de relieve las intenciones expansivas de una ideología, sin duda radical, con el potencial de devenir en no democrática, pues, como plantearon algunos críticos, suscita dudas sobre si también se formularán en el futuro otras estrictas prescripciones morales, alimentarias y de vestimenta⁽⁷³⁾.

Asimismo, el crecimiento político y social de partidos islamistas en el norte de África, y en algunos casos su acceso al poder, requiere una seria consideración y análisis con la intención de prevenir la expansión en nuestro país de idearios radicales, e incluso no democráticos, provenientes de dicho ámbito. En este sentido, deben servir de oportuna advertencia las llamadas de atención que diversos conocedores del mundo islámico vienen trasladando sobre los firmes deseos de imponer en ese espacio la ley islámica como principal fuente de derecho⁽⁷⁴⁾. Así, por ejemplo, estudiantes salafistas en Túnez, apoyados e instigados por partidos islamistas, han perpetrado ataques contra varias instituciones universitarias de dicho país con la intención de imponer el *niqab* en las aulas y con objeto de reprobar la forma de vestir del profesorado femenino, trabajadoras que han sido descalificadas como «deshonestas» por su vestimenta. Los agresores han intentado justificar sus agresiones cuestionando los programas desarrollados por diversos departamentos y comisiones científicas que, alegan, serían contrarios a las prácticas de su religión⁽⁷⁵⁾.

Tampoco son infrecuentes los ataques contra la minoría judía en el país ni las muestras de odio antisemita que se evidencian en manifestaciones salafistas⁽⁷⁶⁾,

⁽⁷²⁾ «Mohamed VI aborta la islamización de la televisión planeada por el Gobierno», Ignacio CEMBRERO, *El País*, 30 de abril de 2012.

⁽⁷³⁾ «El Gobierno de Marruecos quiere islamizar la televisión», Ignacio CEMBRERO, *El País*, 12 de abril de 2012.

⁽⁷⁴⁾ «Los integristas quieren que la 'sharía' sea la principal fuente del derecho», Ignacio CEMBRERO, *El País*, 6 de marzo de 2012.

⁽⁷⁵⁾ «Una firma por la Manouba», Serafín FANJUL, *ABC*, 18 de mayo de 2012.

⁽⁷⁶⁾ «Túnez resiste la embestida de los fieles de la 'sharía'», Óscar RODRÍGUEZ, *El País*, 9 de abril de 2012.

o medidas que ponen de manifiesto la preeminencia de valores religiosos ante la libertad de prensa. Este es el caso de la multa al director de un canal privado por «insultar los valores sagrados del islam» con la emisión de la película *Persépolis*, en la que se muestra a Dios hablando con la protagonista, una niña que desde la crítica laica narra la creación del estado islámico en Irán, lo cual fue considerado como «una blasfemia» por sectores radicales que amenazaron de muerte al director del medio⁽⁷⁷⁾.

La situación en Argelia, donde la inestabilidad política y en términos de seguridad se mantiene en el tiempo, representa también otro riesgo potencial debido a su proximidad con nuestro país. Este factor favorece el desarrollo en España de actividades de radicales que ambicionan la expansión de una versión radical del islam en ambas orillas del Mediterráneo que en algunos casos incluye la legitimación de conductas violentas y otras de carácter dudosamente democrático. Ofrecen indicadores de este tipo de planteamientos las propuestas realizadas por algunos islamistas argelinos que han abogado por amnistiar a centenares de terroristas islamistas y por imponer la banca islámica en sustitución de la tradicional⁽⁷⁸⁾. En semejante escenario, los intereses comerciales en dicho país añaden complejidad a la respuesta preventiva que debe desarrollarse con el fin de evitar que el riesgo actual se vea potenciado y agravado. Puede encontrarse una muestra del riesgo que entrañaría el ascenso de determinadas corrientes islamistas radicales en la reacción del actual ministro de Exteriores, José María García Margallo, tras las elecciones parlamentarias argelinas de mayo de 2012 en las que finalmente no se materializó el crecimiento de actores considerados como radicales. Ese resultado fue recibido con un revelador «gracias a Dios no se ha producido», por el titular español⁽⁷⁹⁾.

Al mismo tiempo, el fenómeno conocido como la «primavera árabe» ha alterado el contexto político de la región planteando el interrogante de si las corrientes más radicales del islamismo podrán verse favorecidas por los cambios acaecidos en dichos sistemas políticos y si, en ese caso, tendrán también sus consecuencias en países cercanos. A este respecto, sirvan de ejemplo los casos libio y egipcio. En este último contexto el creciente protagonismo del islamismo en la vida política del país va acompañado de temores a que la minoría cristiana se vea desfavorecida y discriminada en el caso de que finalmente se imponga una agenda islamista radical⁽⁸⁰⁾. A su vez, tras los turbulentos sucesos en Libia durante los últimos años, existen temores a la expansión de un islamismo radical que también ha mostrado comportamientos violentos y al control de

⁽⁷⁷⁾ «¿Libertad de prensa o blasfemia?», Mikel AYESTERÁN, *Diario Vasco*, 4 de mayo de 2012.

⁽⁷⁸⁾ «Los islamistas en Argelia pretenden acabar con el régimen presidencialista», *El País*, Ignacio CEMBRERO, 17 de abril de 2012.

⁽⁷⁹⁾ «Margallo da 'gracias a Dios' porque los islamistas no hayan ganado en Argelia», *La Gaceta de los Negocios*, 14 de mayo de 2012.

⁽⁸⁰⁾ «Los coptos temen el ascenso al poder de los islamistas», Ana CARBAJOSA, *El País*, 25 de mayo de 2012.

instituciones políticas, sociales y culturales que pudiera llegar a ejercer⁽⁸¹⁾. La permeabilidad al extremismo islamista en el pasado está en cuestión hoy tras los profundos cambios sufridos por un país en el que el islamismo radical ha acrecentado sus esfuerzos de movilización al tiempo que ha incurrido en profanaciones y otras demostraciones de una radicalidad preocupante.

Por tanto, en un contexto de incertidumbre ante la evolución de estructuras políticas cambiantes, países como el nuestro que asisten expectantes a este proceso deben seguir impulsando el respeto a valores humanitarios y democráticos con la intención de evitar que las ideologías radicales y no democráticas se consoliden en los nuevos regímenes. Como destacó Václav Havel, no se puede eludir el compromiso de apoyar a quienes desafían idearios no democráticos exponiendo la falta de coherencia entre los hechos y las palabras de los regímenes dictatoriales⁽⁸²⁾. Todo ello desde la consciencia de que no siempre la democratización garantiza la erradicación o absoluta contención de ideologías radicales y no democráticas⁽⁸³⁾, de ahí que la acción exterior deba complementarse con la interior para impedir su potencial expansión en determinadas circunstancias. Asimismo, aunque el margen de actuación sobre gobiernos como los señalados puede en ocasiones estimarse limitado, debe tenerse presente el posible efecto de contagio que la consolidación de dichas ideologías puede entrañar y, en consecuencia, el riesgo que suponen para nuestra propia seguridad. La constatación de estos riesgos debe estimular una constante reflexión y el diseño de respuestas preventivas que impidan la transformación de aquellos en amenazas.

■ NACIONALISMO RADICAL, EXTREMA DERECHA Y EXTREMA IZQUIERDA

Si el islamismo radical contiene el potencial para devenir en un tipo de ideario no democrático, lo mismo puede afirmarse de las expresiones más radicales de otra ideología como el nacionalismo o de idearios considerados como de extrema derecha e izquierda. Como ya se ha adelantado en las secciones precedentes, las diferencias entre ideologías como estas no debe hacernos ignorar la funcionalidad que comparten en tanto en cuanto todas ellas constituyen idearios con los que estructurar el sistema político de nuestras sociedades. Por tanto, la consideración del potencial de radicalización en unas y en otras, así como de los estadios evolutivos por los que pueden transitar los individuos expuestos a ellas, revelan similitudes notables. Ello, además, teniendo en cuenta que puede llegar a haber en algunos casos afinidades de contenido que favorez-

⁽⁸¹⁾ «Los salafistas tratan de gobernar Libia», Maite RICO, *El País*, 9 de abril de 2012.

⁽⁸²⁾ «The emperor has no clothes», Václav HAVEL, *Journal of Democracy*, octubre de 2005, vol. 16, núm. 4, pp. 5-8.

⁽⁸³⁾ «Radicalisation in international perspective: how successful is democratisation in countering radicalisation?», pp. 14-21, Maurits S. BERGER, en The National Coordinator for Counterterrorism, *Radicalisation in broader perspective*.

can posibles vínculos que, como advierten algunos estudiosos, podrían llegar a forjarse entre radicales de extrema izquierda y radicales islamistas a partir de su oposición compartida a fenómenos como la globalización, el capitalismo y la política exterior de los Estados Unidos⁽⁸⁴⁾.

También debe destacarse la posibilidad, hoy ya evidente en sociedades europeas, de que un determinado radicalismo aliente otro de signo contrario provocando una mutua retroalimentación. Como se detallará más adelante, así se aprecia ya en algunos contextos, incluido el español, donde se han observado conflictos entre quienes propugnan un islam radical que, a su vez, estimula una islamofobia también radical que, asimismo, puede reforzar a los primeros⁽⁸⁵⁾.

Tal y como ha destacado Montserrat Gibernau, «el nacionalismo es un estado de conciencia colectiva que afirma la particularidad, los privilegios y derechos específicos de un pueblo»⁽⁸⁶⁾. El nacionalismo permite la conformación de una determinada conciencia política y social que interpreta el presente según su perspectiva, adaptando el pasado a los apremios del presente, reescribiendo la historia constantemente.⁽⁸⁷⁾ En consecuencia, las expresiones más radicales del nacionalismo propugnan la construcción mítica en detrimento de un rigor histórico que suele ser relegado a pesar de la apelación incesante a la Historia como fuente de legitimación ideológica.

De modo similar a lo que ocurre con otras ideologías, el nacionalismo adopta también diferentes formas, de manera que no todas ellas pueden catalogarse como radicales ni mucho menos como no democráticas. Sin embargo, algunos autores encuentran en las ideologías nacionalistas un componente de radicalidad inherente a semejante ideario, como plantea la propia Gibernau: «Muchos tergiversan la historia según las estrategias y conveniencias de los políticos, ideólogos o grupos de interés que lo suscriben. Inventan símbolos, ceremonias, estandartes, conmemoraciones, o reinventan los antiguos. Con frecuencia responde todo ello a agravios profundos, verdades históricas indudables y anhelos justos y dignos para la comunidad en la que surge. Es por ello por lo que el nacionalismo es radical e irremisiblemente ambivalente»⁽⁸⁸⁾.

Las matizaciones de la propia autora citada resultan también pertinentes para comprender las significativas diferencias apreciables en distintos idearios nacionalistas: «El discurso nacionalista es invocado por minorías que reclaman el derecho a la autodeterminación y por naciones que desean desplegar sus propias culturas, respetando al mismo tiempo derechos idénticos en naciones

⁽⁸⁴⁾ Royal Canadian Mounted Police. *Radicalization. A guide for the perplexed*. June 2009. National Security Criminal Investigations, p. 12.

⁽⁸⁵⁾ Véase, por ejemplo, Islamophobia Watch, *Documenting anti Muslim bigotry*, en <http://www.islamophobia-watch.com/>.

⁽⁸⁶⁾ Montserrat GIBERNAU (1996). *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel, p. 2.

⁽⁸⁷⁾ *Ibid.*, p. 5.

⁽⁸⁸⁾ *Ibid.*, p. 5.

vecinas. Pero en otros casos, el nacionalismo viene ligado a varias formas de discriminación, que implican una categorización de los individuos en función de su identidad nacional. En este contexto, el nacionalismo puede ser invocado por aquellos que manifiestan actitudes racistas, xenófobas y fascistas, y, a menudo, conlleva el uso de varios tipos de violencia»⁽⁸⁹⁾.

Son diversos los estados europeos en los que se han producido esas invocaciones violentas. La ausencia de coincidencia entre la estructura política que es el Estado y la estructura cultural que representa la Nación ha devenido en conflicto cuando la aspiración estatal constituye un elemento esencial en la gestación y desarrollo de la cultura nacional⁽⁹⁰⁾. A pesar de ello, en esos y en otros estados conviven diferentes expresiones nacionalistas sin que ello suponga un menoscabo de la calidad democrática, sino, más bien, todo lo contrario. La convivencia entre nacionalismos sustentada en la armonización de intereses garantiza la viabilidad de proyectos democráticos que deben mostrar su capacidad para acomodar idearios que en ocasiones aparecen enfrentados, pero que deben también mostrar motivaciones coincidentes en importantes ámbitos.

Como ya se ha adelantado en epígrafes anteriores, textos referenciales como las constituciones de los estados democráticos aportan el marco de armonización y coincidencia de ideologías que, como se indica, manifiestan ideales contrapuestos. La gestión de esos intereses antagónicos es la que determinará el mantenimiento de unos estándares democráticos que en el caso de ser incumplidos ubicarán a ciertas ideologías en el terreno de la radicalidad e incluso fuera de la democracia.

Desgraciadamente, el continente europeo ha conocido ejemplos de conflictos nacionalistas que han degenerado en violencia al estar alimentados por idearios radicales y no democráticos, provocando el asesinato de seres humanos en el nombre de ideologías que se enmarcan dentro de un nacionalismo excluyente. Este ha sido el caso del terrorismo perpetrado por organizaciones terroristas en Irlanda del Norte y el País Vasco desde la década de los sesenta. Actualmente, la violencia se ha reducido en ambos escenarios, si bien, las ideologías que la han provocado y mantenido persisten, de ahí que sea preciso tener muy en consideración los riesgos que entrañan para el futuro en el caso de que dichos idearios radicales y no democráticos no sean convenientemente desactivados. Los significativos índices de radicalización que se aprecian en la juventud y en otros segmentos de población de contextos como los referidos, tal y como revelan indicadores diversos, entre ellos el fortalecimiento de los partidos políticos que han justificado y legitimado el terrorismo, ponen de manifiesto la necesidad de desarrollar estrategias contra la radicalización que contengan su evolución hacia estadios más extremistas.

⁽⁸⁹⁾ *Ibid.*, pp. 99.

⁽⁹⁰⁾ Rafael CALDUCH, «Conflictos internacionales culturales y violencia terrorista», en *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria Gasteiz*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, p. 28, 2007.

En contextos en los que se ha producido una sistemática violación de los derechos humanos apelando a ideologías nacionalistas, debe evitarse la reproducción de discursos legitimadores de semejantes idearios. Esta deslegitimación implica necesariamente la firme legitimación de sistemas democráticos que a pesar de sus imperfecciones no evidencian déficits en una magnitud tal que obliguen a cuestionar su categoría democrática. Conviene asimismo tener presente que determinadas aspiraciones nacionalistas de contenido radical que lindan con los límites de lo democrático pueden amenazar seriamente la cohesión social. Así, aunque resulta necesario evitar la genérica estigmatización del conjunto de una determinada ideología, tampoco debe eludirse que, con frecuencia, quienes propugnan idearios radicales, aunque sean democráticos, se escuden en el victimismo con el fin de eludir la responsabilidad de deslegitimar idearios con los que se comparten fines aunque se discrepe en los medios. Estos actores son decisivos en la tarea de acometer una eficaz deslegitimación de los medios violentos, pues su identidad ideológica en los objetivos, a pesar de otras divergencias, les sitúa en una privilegiada posición de influencia.

Por todo ello resulta tan importante el papel de actores políticos que actúan dentro de la legalidad y que en ocasiones muestran su adhesión a idearios en los que encuentran legitimación quienes utilizan la violencia e infringen el sistema legal vigente. El mundo occidental asiste a la propagación de ideologías que propugnan el odio, el racismo y la xenofobia encontrando su sustento en diversos sustratos ideológicos nacionalistas vinculados tanto a la extrema derecha como al extremismo de izquierdas⁽⁹¹⁾, siendo algunos de sus exponentes actores que enmarcan sus actividades en el ejercicio de la libertad de expresión y de sus derechos políticos dentro de la legalidad. Sirva de ejemplo el caso del Partido Nazi de América, que por primera vez en 53 años de historia registró en 2012 un grupo de presión ante el Congreso de los Estados Unidos, con el fin de hacer valer su ideario supremacista blanco. El partido es considerado legal, puesto que la Primera Enmienda de la Constitución estadounidense ampara la libertad de expresión incluso en casos de apología del terrorismo o racismo⁽⁹²⁾.

También existen en Europa manifestaciones extremistas que operan dentro de la legalidad pese a su carácter profundamente radical lindante con planteamientos no democráticos, lo cual no resulta óbice para que reciban un significativo respaldo político y social, como demuestra el ascenso del partido neonazi en Grecia. En 2012, la formación griega Amanecer Dorado obtuvo un importante porcentaje de votos y su consecuente representación en escaños en el Parlamento del país. La popularidad del partido surge como resultado de la confluencia de diversos factores entre los que destaca su crítica a instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea, así como un discurso basado en la lucha contra la inmigración y

⁽⁹¹⁾ Véanse, por ejemplo, los sucesivos *Informes Raxen* elaborados por el Movimiento contra la Intolerancia.

⁽⁹²⁾ «El Partido Nazi pone en marcha su 'lobby' ante el Congreso», *El País*, 15 de abril de 2012.

los recortes económicos motivados por la profunda crisis por la que atraviesa el país. La radicalidad y dudoso carácter democrático de esta formación quedan evidenciados, por ejemplo, con la utilización que los miembros del partido hacen del saludo fascista en público, por el uso de símbolos relacionados con los de la Alemania nazi, y por la vinculación de algunos de sus integrantes con agresiones contra inmigrantes, entre ellas, el asesinato de un ciudadano griego en 2011 que desembocó en represalias violentas contra el colectivo extranjero⁽⁹³⁾.

Se han extendido también en diferentes países europeos manifestaciones extremistas que se encuadran dentro de lo que se ha denominado como «antiislamismo» y que, a pesar de su carácter radical, también son consideradas como legales. Así, por ejemplo, en Alemania, el partido de extrema derecha Pro NRW ha llevado a cabo campañas orientadas a elevar la tensión con la comunidad musulmana mediante la exhibición de caricaturas de Mahoma delante de las mezquitas, protesta que fue autorizada por las autoridades⁽⁹⁴⁾. El mismo partido convocó en 2012 un concurso de caricaturas del Profeta con el fin de seleccionar las diez mejores de ellas que conformarían una exposición itinerante por todas y cada una del centenar de mezquitas de la región de Renania del Norte.

Esta idea surgió después de que un grupo de salafistas de ese land distribuyeran ejemplares del Corán masivamente y gratis⁽⁹⁵⁾. La polémica suscitada fue de tal magnitud que la editorial que difundía el libro traducido al alemán dejó de imprimirlo por la presión de la opinión pública⁽⁹⁶⁾. La controversia se vio agudizada por la aparición de un vídeo con amenazas contra redactores de varios medios de comunicación que habían publicado informaciones críticas sobre la distribución gratuita del Corán. La amenazadora grabación ofrecía detalles personales sobre «los monos y cerdos que han publicado informaciones falsas sobre la unión de salafistas y otros hermanos», y fue atribuida al predicador radical Ibrahim Abou Nagie, uno de los impulsores del reparto de coranes⁽⁹⁷⁾.

Resulta enormemente revelador de la importancia que Alemania concede a potenciadores de riesgo, como la ideología radical que determinadas interpretaciones del islam suponen, el hecho de que la denominada Oficina de Protección de la Constitución mantenga fichados a más de cuatro mil salafistas a los que considera fanatizados en un extremo que constituye un peligro para la seguridad⁽⁹⁸⁾. Esta circunstancia pone de manifiesto la necesidad de desarrollar

⁽⁹³⁾ «Los ultras también ganan adeptos en Grecia», *El Mundo*, 24 de mayo de 2012.

⁽⁹⁴⁾ «La ultraderecha alemana provoca a los salafistas», Almudena de CABO, *Diario Vasco*, 2 de mayo de 2012.

⁽⁹⁵⁾ «Un predicador salafista reparte 25 millones de coranes», Rosalía SÁNCHEZ, *El Mundo*, 16 de abril de 2012.

⁽⁹⁶⁾ «Alemania frena la distribución de coranes por un grupo salafista», José-Pablo JOFRÉ, *ABC*, 18 de abril de 2012.

⁽⁹⁷⁾ *Ibid.*

⁽⁹⁸⁾ «Nos lo merecemos», Herman TERTSCH, *ABC*, 20 de abril de 2012.

una política en relación con aquellas figuras religiosas con prestigio en las comunidades musulmanas que pueden utilizar su privilegiada posición para propugnar idearios radicales que induzcan a comportamientos fuera de los límites de la democracia.

Este episodio y otros en diferentes lugares de Europa, como Reino Unido, Francia, Holanda y España, ponen de manifiesto cómo el enfrentamiento entre diferentes idearios extremistas puede retroalimentar mutuamente ideologías radicales y no democráticas. Así se ha apreciado en España, donde polémicas derivadas de la construcción de mezquitas o de las exigencias de utilizar una vestimenta determinada se han convertido en importantes fuentes de conflicto social y cultural. Mientras algunos representantes de la comunidad musulmana han utilizado este tipo de situaciones para acusar a las autoridades de trato discriminatorio y de prácticas antidemocráticas, otros grupos radicales los han usado a su vez para dirigir descalificaciones de tipo xenófobo hacia la totalidad de la comunidad musulmana⁽⁹⁹⁾. En ocasiones, este tipo de agravios han sido manipulados y explotados por individuos interesados en avivar esos idearios radicales que, en sus estadios más extremos, también pueden devenir en ideologías violentas y no democráticas.

La población inmigrante es también en ocasiones objeto de descalificaciones que evidencian el riesgo que entraña que un fenómeno tan sensible sea manipulado con fines ideológicos por parte de extremistas de diferente signo. En nuestro propio país operan partidos considerados tanto de extrema derecha como de izquierda cuyo ascenso coyuntural genera en algunos momentos un debate sobre su evolución, suscitando la duda de si podrían degenerar en conductas justificativas y legitimadoras de actuaciones violentas. Ello obliga a mantener rigurosos niveles de exigencia democrática desde la consciencia de que las ideas radicales no necesariamente han de situarse fuera de la democracia, pero con el conocimiento de que en ocasiones sí transgreden esos límites y de que, por tanto, debe aplicarse una firme intolerancia frente a comportamientos que incurran en la falta de respeto a los principios y valores que recoge nuestra Constitución. Es decir, frente a la intolerancia que determinados idearios extremistas de ultra derecha y ultra izquierda propugnan, el sistema democrático debe aplicar los mecanismos de protección que la necesaria defensa de la democracia requiere. La renuencia a actuar en los estadios previos de dicha radicalización puede deteriorar la convivencia, pero también dificultar las condiciones en las que hacer frente a desafíos que no deben ser ignorados.

En este sentido, la violencia física y explícita contra miembros de la comunidad judía en países como Francia ilustra el peligro que entraña el desarrollo de corrientes antisemitas que defienden una ideología con la que algunos actores

⁽⁹⁹⁾ «The spread of radical Islam in Spain: challenges ahead», p. 480, Rogelio ALONSO, *Studies in Conflict and Terrorism*, vol.35, núm.6, pp. 471-491, 2012.

justifican injustificables agresiones⁽¹⁰⁰⁾. Ante esa brutalidad, la condena unánime del espectro político es imprescindible, pero también es necesario evitar la propagación de discursos que contienen, implícita o explícitamente, referencias que degradan a los individuos por sus creencias políticas y religiosas. La inacción ante la reproducción de ese tipo de discursos radicales puede llevar a banalizar la gravedad de determinados idearios y la importancia que las palabras tienen para provocar comportamientos no democráticos.

Objeto de consideración debe ser también la expansión del denominado movimiento «contrayihad» en países como Reino Unido, considerado por algunos estudiosos como el «epicentro del radicalismo antiislámico»⁽¹⁰¹⁾. Este tipo de radicalismo mantiene también focos de actividad en países nórdicos, como puso de relieve tristemente el brutal asesinato en masa cometido por Anders Breivik en Noruega en julio de 2011. La propagación de este fenómeno por Francia, Holanda e Italia, entre otros de los países ya citados, es evidente. En un estudio sobre este movimiento se argumenta que «la ideología de la contrayihad está basada en la creencia de que existe una trama islámica contra Europa y que no hay diferencias entre los radicales y la mayoría de los musulmanes», de ahí que se considere a «la inmigración y el multiculturalismo como los caballos de Troya que utiliza el islam para ganar terreno en Occidente»⁽¹⁰²⁾. En torno a estos planteamientos se está propagando un ideario extremista propugnado por una amplia red de organizaciones por toda Europa que han llegado a movilizarse en manifestaciones transnacionales, como la que se celebró en Dinamarca en marzo de 2012, en protesta contra la «islamización de Europa»⁽¹⁰³⁾.

A la luz de la magnitud de la violencia perpetrada por Breivik, conviene recordar que durante los años noventa la violencia de grupos de extrema derecha noruegos ya constituía un problema lo suficientemente importante como para inspirar programas de desradicalización que fueron emulados en otros países escandinavos. Ese movimiento ultra es el germen de un doble atentado como el perpetrado entonces por quien ha optado por un significativo salto cualitativo en la violencia contemplada hasta entonces por la ultra derecha. Precisamente el temor a que las expresiones de violencia que aparecieron en aquellos años escalaran fue lo que motivó la salida de dichos grupos de algunos de sus activistas, como revelan los trabajos de Tore Bjorgo, académico noruego que entrevistó a algunos de esos extremistas⁽¹⁰⁴⁾. Existía pues un caldo de cultivo

⁽¹⁰⁰⁾ «Tras el drama de Villeurbane», Bernard-Henri LÉVY, *El País*, 11 de junio de 2012.

⁽¹⁰¹⁾ «El nuevo racismo se llama islamofobia», Carlos FRESNEDA, *El Mundo*, 18 de abril de 2012.

⁽¹⁰²⁾ *Ibid.*

⁽¹⁰³⁾ «EDL takes part in far-right European rally in Denmark», *BBC*, 31 de marzo de 2012, www.bbc.co.uk.

⁽¹⁰⁴⁾ Véase, por ejemplo, Tore Bjorgo y John Horgan (eds.) (2009). *Leaving terrorism behind: individual and collective disengagement*. Routledge: New York; «Dreams and disillusionment: engagement in and disengagement from militant extremist groups», Tore BJORGO, en *Crime, Law and Social Change*, vol. 55, núm. 4, pp. 277-285.

para una violencia materializada en 2011 en unas proporciones que no resultaba sencillo prever.

Este tipo de fenómeno obliga a reflexionar una vez más sobre los límites que separan a los idearios radicales de aquellos que ya deben definirse como no democráticos. Esta reflexión es particularmente necesaria en un momento al que asistimos al auge de partidos europeos tildados de extremistas que incluyen en sus programas polémicos posicionamientos sobre la inmigración⁽¹⁰⁵⁾, pero también un proteccionismo a ultranza frente a la globalización y un nacionalismo excluyente que contrasta con el tradicional liberalismo de la Unión Europea⁽¹⁰⁶⁾. Uno de los agravios que el movimiento antiislamista denuncia es el proceso de debilitamiento de las identidades nacionales de países europeos que el multiculturalismo ha favorecido.

Existe pues una coincidencia entre este tipo de postulado y las críticas de algunos dirigentes europeos hacia el multiculturalismo⁽¹⁰⁷⁾. Sin embargo, la defensa de esta posición por parte de los actores democráticos difiere absolutamente de la que, por ejemplo, mantuvo un extremista como Anders Breivik, que utilizó esa formulación para intentar justificar su injustificable brutalidad contra los ciudadanos noruegos a los que asesinó aduciendo erróneamente que de ese modo defendía la identidad nacional debilitada por un multiculturalismo al que además atribuía haber alentado el radicalismo islamista. Frente a esa brutal e injustificable violencia surgen también voces que proponen una mayor integración política, social, económica y cultural como medio de favorecer una mayor integración necesaria para contener y prevenir un multiculturalismo que entienden perjudicial.

Por supuesto, tampoco deben confundirse expresiones nacionalistas democráticas que en países como, por ejemplo, Reino Unido reivindican un firme mantenimiento de su soberanía respecto a la integración europea con otros nacionalismos radicales y excluyentes que propugnan una superioridad moral rayana con la incitación al odio del diferente. En este sentido conviene reflexionar sobre reivindicaciones nacionalistas que se justifican como democráticas, pero que no pueden situarse fuera de los contextos en que se plantean, eso es, sociedades afectadas por violencia como la que han perpetrado en países como España y Reino Unido grupos terroristas que propugnan ideologías nacionalistas. Es decir, resulta razonable cuestionar la legitimidad de determinadas reivindicaciones del nacionalismo que *a priori* respetan la legalidad cuando se producen en contextos en los que los ciudadanos que no han profesado dicha

⁽¹⁰⁵⁾ «Amanecer de los extremistas», John CARLIN, *El País*, 18 de mayo de 2012; «'Primavera parda' en Europa», Javier VALENZUELA, *El País*, 29 de abril de 2012.

⁽¹⁰⁶⁾ «Una ultraderecha en auge arremete contra Europa y el libre mercado», Enrique SERBETO, *ABC*, 25 abril de 2012.

⁽¹⁰⁷⁾ «The Anti-Islamist: Anders Behring Breivik's Manifesto», Arun KUNDNANI, International Center for Counterterrorism in The Hague, 23 de abril de 2012, http://icct.nl/vervolg.php?h_id=6#AK.

ideología han sufrido una injusta victimización como consecuencia precisamente de adherirse a otros idearios no nacionalistas.

El terrorismo perpetrado por grupos terroristas como el IRA o ETA constituye un factor diferencial determinante que diferencia a esas sociedades de otras en las que han prosperado y actuado movimientos nacionalistas democráticos. Así, por ejemplo, la ausencia de una tradición nacionalista violenta en Escocia obliga a ubicar en una dimensión diferente la consulta popular reclamada por el nacionalismo escocés. Sin embargo, la sociedad vasca ha sufrido durante cuatro décadas una intensa violencia terrorista de manera que un considerable número de sus ciudadanos se han visto privados del ejercicio en libertad de sus más básicos derechos civiles y políticos.

La intimidación y coacción ejercida por la banda terrorista ha condicionado los comportamientos de una importante parte de la ciudadanía, como reflejan las sucesivas encuestas sociológicas en las que todavía se constata el miedo de un significativo porcentaje de vascos a expresar sus ideas políticas. En tan singular contexto, marcado por décadas de violencia y la amenaza latente de una organización terrorista, no parece razonable celebrar consultas que puedan cuestionar la integridad territorial de la Comunidad Autónoma vasca y que, por tanto, puedan interpretarse como favorables a los intereses de quienes han intentado imponer sus objetivos mediante el terrorismo. De lo contrario, podría interpretarse que se ignoran o que se minimizan las consecuencias de la violencia propugnada por una ideología violenta.

La utilización del terrorismo por parte de un grupo terrorista como ETA contamina necesariamente los proyectos políticos que se plantean en el contexto del País Vasco. No se pretende en absoluto demonizar ideologías nacionalistas que actúan dentro de la democracia, sino constatar que ETA es una organización terrorista que propugna una ideología nacionalista y que, por tanto, persigue unos objetivos nacionalistas. Esta realidad no puede ser ignorada, como se desprende de la propia Ley de Reconocimiento y Reparación a las Víctimas del Terrorismo, aprobada en 2008 por la Comunidad Autónoma Vasca. En ella se reconoce el derecho a la memoria, el cual tendrá como elemento esencial el significado político de las víctimas del terrorismo.

La Ley señala literalmente que «este significado político se concreta en la defensa de todo aquello que el terrorismo pretende eliminar para imponer su proyecto totalitario y excluyente, esto es, las libertades encarnadas en el Estado democrático de derecho y el derecho de la ciudadanía a una convivencia integradora»⁽¹⁰⁸⁾. Lo que el terrorismo, alimentado por un ideario nacionalista radical y no democrático, ha intentado eliminar es la Constitución y el Estatuto, de ahí que ambos textos referenciales deban ser defendidos eludien-

⁽¹⁰⁸⁾ Ley de Reconocimiento y Reparación a las Víctimas del Terrorismo, Parlamento de la Comunidad Autónoma Vasca, 2008.

do consultas secesionistas como las que se plantean desde algunos ámbitos nacionalistas. Difícilmente contribuirían dichas consultas a una «convivencia integradora» después de que el terrorismo la haya obstaculizado durante tanto tiempo. Por el contrario, podrían dificultar aún más la cohesión social al facilitar el contexto en el que minimizar los métodos con los que determinados fines, en el nombre de una ideología, se han perseguido.

■ CONCLUSIONES

Teniendo en cuenta que el radicalismo es propio de cualquier sociedad democrática y no necesariamente contrario a la legalidad, o inevitablemente violento, siempre y cuando respete unos límites muy precisos, las manifestaciones radicales de ideologías políticas y religiosas deben considerarse como aceptables en sociedades democráticas. Sin embargo, tampoco puede ignorarse el considerable y peligroso potencial que ciertas ideologías radicales poseen para degenerar en extremismos no democráticos habida cuenta de las características de sus contenidos, en ocasiones muy próximos a la justificación y a la legitimación de conductas que exceden los valores que la democracia promulga.

Algunas ideologías pueden estimular riesgos y amenazas si su deriva hacia posiciones más radicales e incluso no democráticas no es convenientemente detectada y neutralizada. Resulta por ello necesario incidir en la pertinencia de desarrollar indicadores tempranos de dicha evolución en la radicalización de ideologías que en apariencia se sitúan dentro de la democracia, pero que pueden estar contribuyendo a dañar la convivencia social y el marco de derechos y obligaciones que la Constitución define. Las ideologías radicales y no democráticas fomentan la transformación de riesgos en amenazas para la seguridad, de ahí la exigencia de detectar e interrumpir dicho tránsito antes de que se profundice en el mismo y de que, por tanto, se dificulte su desactivación.

Por tanto, si bien las amenazas a la seguridad vienen fundamentalmente definidas por las ideologías no democráticas que alimentan la violencia, también debe tenerse presente que en la raíz de aquellas se encuentran idearios extremistas que en ocasiones se integran dentro del marco democrático antes de rebasarlo. Algunas de las ideologías que acometen esa involución lo hacen como consecuencia de lo que Abdelwahab Meddeb ha denominado «la enfermedad del islam»⁽¹⁰⁹⁾, utilizando una descripción que no se limita exclusivamente al islamismo, sino también a otras ideologías como el nacionalismo y el extremismo de derecha e izquierda que se han examinado en las líneas precedentes.

Como se ha indicado, se observan diferencias fundamentales en los contenidos de estas ideologías. No obstante, en las versiones más radicales del islamismo o del nacionalismo y del extremismo de derechas e izquierdas, el ideario xe-

⁽¹⁰⁹⁾ «Francia, Toulouse, el islam», Bernard-Henri LÉVY, *El País*, 1 de abril de 2012.

nófobo y racista sustentado en el odio al contrario cumple la misma función, esto es, aportar un marco autojustificativo a las brutales transgresiones sociales y morales que en ocasiones propugnan dichas ideologías. Es la ideología el componente que permite desactivar los inhibidores morales que el ser humano desarrolla aportándole cierta racionalidad a macabros crímenes como los que alcanzan a perpetrar y justifican quienes se adhieren a idearios radicales y no democráticos.

Las expresiones más radicales de ideologías como el nacionalismo, el islamismo o el extremismo de derechas e izquierdas coadyuvan al fanatismo político y religioso derribando la inhibición que frena la agresión. La conciencia moral que genera sensación de culpa y empatía con otros seres humanos es la que impide brutalidades como las que cometen los terroristas después de que una deficiente politización les confirme la idoneidad de usar la violencia para perseguir objetivos políticos en el nombre de una ideología. Por ello es por lo que recurren a marcos ideológicos y a mecanismos psicosociales idénticos a los empleados por terroristas de diferente ideología que racionalizan su barbarie para intentar dotarla de legitimidad. Esa suerte de «enfermedad» –utilizando en sentido amplio la descripción de Meddeb– es la que fomenta la degeneración ideológica de idearios que en condiciones de «salubridad» respetarían las constricciones que la democracia establece para delimitar su legalidad y legitimidad.

La prevención frente a ese tipo de «enfermedad» reclama actuaciones en el ámbito penal, acciones que no resultan sencillas habida cuenta de la delgada línea que en ocasiones separa conductas consideradas como democráticas y no democráticas. Será por ello imprescindible aplicar la legislación sobre delitos del odio siempre que sea posible y necesario⁽¹¹⁰⁾, pero también sobre los que suponen discriminación por motivos ideológicos⁽¹¹¹⁾, o sobre manifestaciones que promueven actos ultras⁽¹¹²⁾. La reforma del Código Penal en 2010, introduciendo como tipo penal la difusión del ideario terrorista para la perpetración de atentados, aporta el marco legal en el que perseguir «la difusión del ideario extremista islámico» o «el desarrollo por parte del acusado de un proyecto de divulgación de la ideología religiosa radical y fundamentalista del extremismo islámico», como recogen diversas sentencias del Tribunal Supremo⁽¹¹³⁾.

⁽¹¹⁰⁾ «Delitos de odio», Miguel Ángel AGUILAR en Ricardo García García y David Docal Gil (2012), *Grupo de odio y violencias sociales*. Madrid: Rasche, pp. 271-289.

⁽¹¹¹⁾ «¿Cómo prevenimos los delitos de discriminación?», Juan Antonio LASCURAÍN en Ricardo García García y David Docal Gil (2012), *Grupo de odio y violencias sociales*. Madrid: Rasche, pp. 23-38.

⁽¹¹²⁾ «El derecho de reunión y manifestación: ejercicio 'al límite' por parte de grupos que promueven convocatorias ultras», Ricardo GARCÍA GARCÍA, en Ricardo García García y David Docal Gil (2012), *Grupo de odio y violencias sociales*. Madrid: Rasche, pp. 133-170.

⁽¹¹³⁾ «Análisis de las últimas resoluciones judiciales sobre difusión del ideario yihadista como delito», María PONTE, 19 de Mayo de 2012, Grupo de Estudios de Seguridad Internacional, <http://www.seguridadinternacional.es/gesi/es/contenido/analisis-de-las-ultimas-resoluciones-judiciales-sobre-difusion-del-ideario-yihadista-como>.

La necesaria tipificación de nuevos delitos de terrorismo en el reformado Código Penal puede resultar insuficiente para responder a conductas que quizás encuentren mejor encaje en otras figuras delictivas, como la de la provocación al odio o a la violencia por motivos racistas, antisemitas, u otros referentes a la ideología, religión o creencias. Suele decirse que las creencias no delinquen, si bien nuestra legislación sí contempla acciones penales contra ideas que se traducen en actos externos que incitan al odio y a la violencia, evidentes estos en los discursos y actividades de determinados islamistas radicales o portavoces de grupos de extrema derecha o izquierda. Existen precedentes en el ámbito nacional e internacional de cómo esa incitación al odio ha sido utilizada con objeto de penar conductas similares a las de ciertos portavoces de dichos movimientos radicales. La mejora de nuestra legislación mediante la tipificación de los delitos de adoctrinamiento, captación y adiestramiento ha complementado otros tipos, como el de enaltecimiento, requiriendo aún todos ellos una jurisprudencia que delimite sus contenidos específicos y que facilite la acción probatoria.

Mientras la jurisprudencia aporta un marco con el que enfrentarse más eficazmente al terrorismo de opinión, de colaboración y de acción, se requiere asimismo respuestas frente a quienes expanden una ideología radical en la raíz de esa triple dimensión terrorista. En este sentido, la concienciación de jueces y fiscales en torno a la verdadera naturaleza del fenómeno resulta decisiva, pues la experiencia demuestra que en la génesis del terrorismo se encuentran procesos de radicalización sobre los que también es preciso actuar. Las políticas antiterroristas deben combatir tanto la violencia como la ideología que la hace posible y que la justifica, actuación no exenta de dificultades. Por tanto, la intervención en tan sensible ámbito no puede limitarse al fundamental afianzamiento de ciertos valores democráticos y a la necesaria reproducción de contranarrativas por parte de actores no radicales con la intención de deslegitimar los idearios extremistas.

Por supuesto, las actuaciones se requieren también desde el ámbito cultural y social con el fin de fortalecer una cultura de valores democráticos que permita neutralizar la subcultura del odio y de la violencia sobre la que se construyen los idearios radicales y no democráticos. Frente a la socialización en una subcultura radical que va creando marcos justificativos de la violencia y de conductas no democráticas, deben oponerse mecanismos que faciliten la socialización en valores totalmente antagónicos y que, por tanto, contengan el odio y el fanatismo. La solidez de esos valores democráticos, entre otros factores, es lo que determina que en sociedades donde surgen ideologías radicales y no democráticas estas queden, por lo general, circunscritas a grupos minoritarios. Es dicha cultura democrática la que consigue que las expresiones de violencia en el nombre de una ideología generalmente carezcan de una simpatía o apoyo mayoritario, representando por el contrario, acciones excepcionales que no se generalizan.

No obstante esa decisiva falta de legitimidad, los episodios de violencia por parte de seguidores de ideologías radicales y no democráticas obligan a reflexionar sobre la respuesta que nuestras democracias plantean a la radicalización de individuos con el potencial de apoyar acciones terroristas. La tendencia generalizada ha sido la de diferenciar la radicalización cognitiva de la violenta, centrándose en esta segunda al asumirse que este estadio es el verdaderamente peligroso. En ocasiones se subestima que la primera de esas etapas constituye un indicador temprano de un proceso que puede devenir en una radicalización violenta como la de extremistas que finalmente han perpetrado acciones de violencia terrorista. Debemos, por tanto, diseñar instrumentos que nos permitan detectar y confrontar una radicalización cognitiva en la que librar una compleja pero crucial batalla de ideas que determinará voluntades. Así pues, conviene no subestimar la ideologización de fanáticos como Breivik u otros radicales, etiquetándolos erróneamente como locos irracionales, a pesar de su marginalidad y por mucho que sus agravios carezcan de sentido democrático.

Su violencia suele responder a un cálculo perfectamente racional, cual es el de aterrorizar y desestabilizar a las sociedades en las que actúan, convirtiéndose en monstruosas celebridades y en destacados precursores de lo que desearían que fuera un movimiento ideológico emergente. El odio y el fanatismo, motivadores de sus abominables crímenes, no los vacían de contenido político e ideológico, cuestión que debe tenerse presente para prevenir la radicalización de otros extremistas de una ideología similar o de otras como el islamismo radical o la extrema izquierda. Este tipo de ideologías se convierten en eficaces herramientas de radicalización que conforman identidades transformadoras al construir peligrosas imágenes sobre los problemas de la sociedad y los métodos propugnados para solucionarlos. El carácter distorsionado y fundamentalista de esas visiones construidas por las ideologías radicales requiere que estas sean confrontadas y deslegitimadas con contundencia, para prevenir su evolución hacia la radicalización violenta e impedir que esta deje de ser un fenómeno minoritario.

Tanto nuestra propia Constitución como la Unión Europea han delimitado a la perfección los límites que las ideologías radicales jamás deben superar. En la comunicación de la Comisión al Parlamento Europeo sobre los factores que contribuyen a la radicalización violenta, se asevera que:

«La Unión Europea rechaza la violencia y el odio, y no tolerará nunca el racismo ni la xenofobia en ninguna de sus formas ni contra ninguna religión o grupo étnico. Tal como se declara en la Carta de los derechos fundamentales, la Unión está fundada sobre los valores indivisibles y universales de la dignidad humana, la libertad, la igualdad y la solidaridad, y se basa en los principios de la democracia y del Estado de derecho. Es importante mantener un equilibrio esencial entre los diferentes derechos fundamentales en este ámbito, especial-

mente entre, por una parte, el derecho a la vida y, por otra, el derecho a la libertad de expresión y la intimidad. Europa debe seguir defendiendo los derechos humanos y el Estado de derecho, y rechazar cualquier forma de relativismo en lo que respecta a los derechos fundamentales. El terrorismo constituye una de las violaciones más graves de los derechos fundamentales y cualquier argumento que pretenda justificar determinadas prácticas violentas como una manifestación de la diversidad debe ser rechazado sin reservas»⁽¹¹⁴⁾.

En un continente y en un país donde se han padecido totalitarismos y terrorismos alimentados por destructivas ideologías radicales y no democráticas, convendría quizás que tan exigentes pero necesario marcos como los que marcan los textos legales de nuestras instituciones se vieran complementados además con leyes que prohibieran el negacionismo de atrocidades como las cometidas en el nombre de ciertos ideales. La democracia exige una cierta tolerancia que también debe ser protegida para no rebasar límites necesarios, evitándose, por tanto, su abuso con objeto de favorecer la adecuada integración de individuos a los que también se les debe exigir adhesión a un conjunto de leyes y valores compartidos.

⁽¹¹⁴⁾ Unión Europea, Comisión de las Comunidades Europeas, Bruselas 21 de septiembre de 2005, COM 313, 2005.